



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

## Temas de Procopio de Cesárea

Autor:

**Alberto Freixas**

Revista

Anales de Historia Antigua y Medieval

**1949 - 2, pag. 36 - 66**



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

# TEMAS DE PROCOPIO DE CESÁREA

POR

**Alberto Freixas**

## LAS VIEJAS RAÍCES

Al leer a Procopio se encuentra esta declaración explícita, definidora de su pensamiento. La historia transmite a las futuras generaciones la memoria de los que antes fueron y resiste al esfuerzo del tiempo por sepultar los eventos en el olvido; incita a la virtud por la alabanza que confiere y ataca constantemente el vicio, repeliendo su influencia<sup>1</sup>. Tiene, por lo tanto, una misión de conservar los hechos notables del pasado y otra moralizadora que surge del encomio de lo laudable y de la censura de lo reprochable. Y si bien está escribiendo acerca de hechos contemporáneos, testigo ocular de muchos ellos, no deja de expresar reminiscencias de antaño y aun de citar las fuentes que son autoridad para él. Tal cosa ocurre cuando menciona a Heródoto y al libro de su historia referido<sup>2</sup>; a Arriano al explicar la corrupción de lenguaje en la denominación de la fortaleza *Cotais*, en Lazica<sup>3</sup>; a Jenofonte, hablando de la educación de Ciro<sup>3a</sup>; al mismo Jenofonte y a Arriano al referirse a la distribución de los pueblos que viven en el Ponto Euxino<sup>4</sup>; a Estrabón, al mencionar el origen de las amazonas<sup>5</sup>. Pero esto no parece indicar una simple aceptación de la autoridad de los antiguos, porque opina que es general entre los hombres, si primero descubren un viejo argumento, no querer dedicarse a la labor de la busca de la verdad ni a la de conocer alguna opinión posterior acerca del asunto, pues los anteriores juicios parecen sólidos y merecedores de honor, mientras los contemporáneos se consideran menospreciados, si no absurdos<sup>5a</sup>. Cuando se refiere a la personalidad de Ciro, cuya educación desde la niñez ha descrito Jenofonte, manifiesta que no tiene medio de saber si aquél fué tal hombre, puesto que la habilidad de un escritor de tan exquisita elocuencia es capaz de un relato embellecedor de los hechos<sup>6</sup>. De lo anterior se desprende que el historiador no debe aceptar las opiniones tradicionales sin someterlas a crítica. Cuando da las razones por las cuales investiga acerca del Ponto Euxino, sostiene que ello le ha parecido muy necesario; pero no lo relativo a los relatos mitológicos correlacionados o a alguna otra cosa arcaica ni tampoco decir en cuál parte de ese mar estuvo encadenado Prometeo, según los poetas, porque considera que la historia está ampliamente separada del mito<sup>7</sup>.

<sup>1</sup> Aed., I, 2.    <sup>2</sup> Bell., VIII, vi, 9.

<sup>3</sup> Bell., VIII, xvi, 48; pero ahora los lazi la llaman *κόταϊς*, habiendo corrompido el verdadero sonido del nombre a causa de su ignorancia de la lengua; tal es el relato de Arriano.

<sup>3a</sup> Aed., I, 13.    <sup>4</sup> Bell., VIII, i, 7.    <sup>5</sup> Bell., VIII, iii, 2.    <sup>5a</sup> Bell., VIII, vi, 9.

<sup>6</sup> Aed., I, 13.    <sup>7</sup> Bell., VIII, i, 12: *μύθου γὰρ ἱστορίαν παρὰ πολὺ κερχωρίσθαι οἶμαι.*

En su obra hay también el recuerdo de grandes personalidades que fueron eminentes en su tiempo, mencionadas en ocasión de la descripción de un lugar, monumento o detalle geográfico. Vemos desfilar a Aníbal, el libio, como lo califica, en ocasión de que Totila reunió sus tropas en la vecindad del monte Gargano, en el centro de la Apulia<sup>8</sup>, y también rememora el desastre de Cannas en 216 a. C., lugar a veinte estadios de distancia de Canosa<sup>9</sup>; a Pompeyo, el gran romano, porque en Osroena había una cierta fortaleza levantada en la cresta de una colina escarpada que él capturó y haciéndose dueño del territorio por sus victorias, muró la ciudad<sup>10</sup>, llamándola Coloneia<sup>11</sup>; a Augusto, al describir un puente que construyó sobre el río Narnus, notable porque sus arcos son los más elevados que ha conocido<sup>12</sup>; al emperador romano Trajano porque *Caput Bovis* fué su obra<sup>13</sup>; a Septimio Severo, porque Justiniano reedificó en *Leptis Magna* el palacio en ruinas, obra de aquel emperador que había nacido en el lugar y lo hizo como un memorial de su buena fortuna<sup>14</sup>; a Helena, la madre de Constantino, porque en Bitinia había una ciudad llamada Helenópolis, lugar de su nacimiento según se decía y donde su hijo nada edificó en estilo de imperial magnificencia, lo que movió a Justiniano a dotarla de un maravilloso acueducto, como deseando excusar a su predecesor<sup>15</sup>; a Constantino, porque hizo sobre el Ister, en Tracia, un fuerte llamado Dafné<sup>16</sup>; a Teodosio, con motivo de su muerte<sup>17</sup>; a Honorio y a Arcadio, que se dividieron el territorio<sup>18</sup>; a Atila, invasor con un gran ejército, que destruyó las fortalezas sobre el Ister y sin oposición devastó la mayor parte de las tierras del Imperio<sup>19</sup>; a Anastasio, el emperador de Oriente, refiriéndose a la paz con los hérulos<sup>20</sup>, al cambio de nombre de la ciudad de Teodosópolis<sup>21</sup> y a los largos muros que construyó para defensa de Bizancio<sup>22</sup>.

Aunque él, como los hombres de su tiempo, se considera romano en el sentido de miembro del Imperio, no deja de sentir el pasado griego o el influjo de su cultura. El recuerdo de Homero se presenta más de una vez<sup>23</sup> y en ocasiones le preocupa fijar algún detalle geográfico relacionado con la *Odisea*. La mención del monte *Circaeum* le hace manifestar que se dice que allí Odiseo encontró a Circe; pero la historia no le parece creíble, pues Homero declara que la habitación de Circe estaba en una isla<sup>24</sup>. Es más sugerente, en el sentido de tratar el relato del poeta como referencia histórica, el fragmento siguiente. Totila tripuló con godos hasta trescientos barcos de guerra y les indicó ir a Grecia, ordenando hacer todo esfuerzo por capturar lo que estuviera en el camino. Pero la flota, hasta llegar a tierra de los feacios, llamada ahora *Cercyra*<sup>25</sup>, no fué capaz de causar daño; porque sucede que no hay isla habitada en esa parte del mar que se extiende desde el estrecho de *Charibdys*<sup>26</sup> hasta *Cercyra*<sup>27</sup>. Muchas veces, pasando por ese camino, he estado perplejo —dice— por saber dónde era la isla de Calipso; porque en ninguna parte

<sup>8</sup> Bell., VII, xxii, 24. <sup>9</sup> Bell., VII, xviii, 19. <sup>10</sup> KARA HISSAR. <sup>11</sup> Aed., III, iv, 6.

<sup>12</sup> Bell., V, xvii, 10. <sup>13</sup> Aed., IV, vi, 6. <sup>14</sup> Aed., VI, iv, 5. <sup>15</sup> Aed., V, ii, 1.

<sup>16</sup> Aed., IV, vii, 7. <sup>17</sup> Bell., III, i, 2. <sup>18</sup> Bell., III, i, 17. <sup>19</sup> Aed., IV, v, 6.

<sup>20</sup> Bell., VI, xiv, 10. <sup>21</sup> Aed., III, v, 5. <sup>22</sup> Aed., IV, ix, 4.

<sup>23</sup> Aed., I, i, 15; cfr. *Odisea*, II, 47; XV, 152. También Aed., IV, vii, 3; cfr. *Ilíada*, XIII, 5 y Bell., V, xv, 8.

<sup>24</sup> Bell., V, xi, 2.

<sup>25</sup> ἐς τὴν Φαίακων χώραν, ἢ νῦν Κέρκυρα ἐπικαλεῖται.

<sup>26</sup> MESINA. <sup>27</sup> CORFÚ.

en ese mar he visto isla alguna, a excepción de tres no lejos de Feacia, distantes trescientos estadios, juntas, muy pequeñas y sin habitantes, ya hombres, animales u otra cosa. Estas islas se llaman ahora *Othoni*. Y uno podría decir —añade— que Calipso vivió allí y que Odiseo, no estando distante de la tierra de Feacia, se transportó desde aquí en una balsa, como Homero dice, o por cualquier otro medio, sin ningún barco. Pero esto puede ser aventurado por nosotros como una posible interpretación; pues no es fácil conciliar con precisión los hechos actuales con las muy antiguas historias porque el pasar del tiempo produce el cambio de los nombres de los lugares y de las creencias concernientes a ellos<sup>28</sup>. En otra parte insiste acerca de lo mismo. Belisario deja guarnición en Siracusa y *Panormus*; con el resto del ejército cruza de *Messana* a *Rhegium*, donde los mitos de los poetas dicen que estuvieron *Scylla* y *Charybdis*<sup>29</sup>.

Encontramos referencias a Jasón y el vellocino de oro<sup>30</sup>; a Agamemnon e Ifigenia<sup>31</sup>; al templo de Artemisa en Tauris<sup>32</sup>; a la historia de Orestes<sup>33</sup>; a Medea y Jasón<sup>34</sup>. Pero también están Esquilo, con Prometeo encadenado, como testimonio de que el río Fasis es el límite de la tierra entre Europa y Asia<sup>35</sup>, Píndaro del cual cita una frase<sup>36</sup>, Platón, cuyas opiniones se recuerdan<sup>37</sup> y Aristóteles el estagirita, al que califica de hombre prominente entre todos como filósofo<sup>38</sup>.

Al mencionar el foro de la Paz, en Roma, llamado así porque en el lugar estuvo desde tiempo antiguo el templo de la paz, dice que hay cierta fuente con un buey de bronce, obra de Fidias el ateniense o de Lisipo, según piensa, porque existen muchas estatuas en ese barrio que son de esos dos hombres, como una que es ciertamente hecha por el primero, porque así lo declara una inscripción en ella. También está allí el becerro de Mirón. Y agrega que los antiguos romanos se tomaron gran trabajo para adornar Roma con las más hermosas cosas de Grecia<sup>39</sup>. El baño público de *Arcadinae*, que estaba provisto de gran número de estatuas, algunas de bronce, otras de piedra pulida, es digno de larga descripción. Como alabanza dice que se creería fueran obra de Fidias, el ateniense, o del siconio Lisipo o de Praxíteles<sup>40</sup>.

Pero también tiene recuerdos más consistentes, de personajes de la historia de Grecia o del Imperio. Al hablar de las Termópilas, manifiesta maravillarse de que el rey de Persia perdiera tanto tiempo allí y encontrara sólo un angosto paso, con ayuda de traidores griegos, cuando en realidad hay en el lugar muchos caminos practicables para carros<sup>41</sup>. No sospecha la variación que ha experimentado el litoral desde los albores del siglo V a. C. hasta sus días.

El río *Sangarius*<sup>42</sup> tiene una corriente impetuosa y desde que el mundo empezó no ha tenido puentes; para hacer sus veces atan unos con otros gran número de esquifes, sobre los cuales la gente se aventura a cruzar, como una vez el enemigo persa, por temor de Jerjes, pasó el Helesponto<sup>43</sup>. La alusión a Heródoto es clara<sup>44</sup>.

En territorio de Africa hay dos ciudades, conocidas ambas con el nom-

<sup>28</sup> Bell. VIII, xxii, 17. <sup>29</sup> Bell. V, viii, 1. <sup>30</sup> Bell., VIII, ii, 30.

<sup>31</sup> Bell., II, xvii, 2. <sup>32</sup> Bell., VIII, xxii, 27. <sup>33</sup> Bell., VIII, v, 23.

<sup>34</sup> Bell., VIII, v, 24; I, xvii, 12, 18. <sup>35</sup> Bell., VIII, vi, 15.

<sup>36</sup> Aed., I, i, 17. Cfr. Ol., VI, 4. <sup>37</sup> Bell., V, vi, 10. <sup>38</sup> Bell., VIII, vi, 20.

<sup>39</sup> Bell., VIII, xxi, 11. <sup>40</sup> Aed., I, xi, 7. <sup>41</sup> Aed., IV, ii, 8. <sup>42</sup> SAKARIA.

<sup>43</sup> Aed., V, iii, 8. <sup>44</sup> HERÓDOTO, VII, 56.

bre de Augila, donde desde antiguo tiempo hubo templos dedicados a Ammon y Alejandro, que conservaron las viejas prácticas del politeísmo hasta la época de Justiniano <sup>45</sup>. Al referirse a Armenia, vuelve a mencionar a Alejandro de Macedonia y también a Alejandro, hijo de *Mamaea* <sup>46</sup>, a Tigranes y Arsaces, armenios, a Teodosio, hijo de Arcadio <sup>47</sup>, a Zenon, Leontius e Illus <sup>48</sup>.

Los habitantes de Roma y de Italia son para él extranjeros. El Imperio verdadero es Bizancio, como se puede comprobar en su obra. Pero las alusiones a los asuntos del pasado ocurren con bastante frecuencia. Más allá del Quersoneso está la ciudad de Aenus <sup>49</sup>, que lleva el nombre de su fundador; porque fué Eneas, como dicen, hijo de Anquises <sup>50</sup>. La expedición de los godos llegó a *Cercyra* <sup>51</sup> y luego cruzó a tierra firme, devastando el territorio alrededor de Dodona y particularmente a *Nicópolis* y *Anquialus*, donde los nativos dicen que Anquises, el padre de Eneas, murió cuando venía navegando de la capta Troya con su hijo y por eso dió su nombre al lugar <sup>52</sup>. Los romanos aman a su ciudad más que todos los hombres que conocemos, están ansiosos por proteger sus tesoros ancestrales y preservarlos de modo que nada de la antigua gloria de Roma sea destruído. Y aunque estuvieron por largo tiempo bajo el yugo bárbaro, conservan los edificios de la ciudad y la mayor parte de sus ornamentos <sup>53</sup>. A continuación describe el barco de Eneas, que está en un edificio especial <sup>54</sup>.

También se refiere a las antiguas creencias y al dios Jano, en ocasión del sitio de Roma por Vitigis, que Belisario defiende. En ese tiempo alguno de los romanos intentó forzar y abrir las puertas del templo de Jano. Este Jano era el primero de los antiguos dioses a quienes los romanos llaman penates en su propia lengua <sup>55</sup>. Tiene su templo en aquella parte del Foro enfrente de la casa del Senado, que están un poco más arriba de las *Tria Fata*; pues así los romanos acostumbran llamar a las *Moiras* <sup>56</sup>. El templo es enteramente de bronce y fué construído en forma de cuadrado, pero sólo suficientemente grande para contener la estatua de Jano. Esta es de bronce y de no menor altura que cinco codos. En todos los aspectos se parece a un hombre; pero su cabeza tiene dos rostros, uno vuelto hacia el este y el otro hacia el oeste. Frente a cada rostro hay puertas de bronce, que los romanos en los antiguos tiempos acostumbraban a cerrar en tiempos de paz y prosperidad; cuando estaban en guerra las abrían <sup>57</sup>.

En la misma ocasión aparecen los oráculos sibilinos. En Roma algunos

<sup>45</sup> Aed., VI, ii, 14.

<sup>46</sup> ALEJANDRO SEVERO, d. C., 222-235.

<sup>47</sup> TEODOSIO II, emperador, d. C., 408.

<sup>48</sup> Aed., III, i, 4 sig.

<sup>49</sup> Enos, cerca de la boca del Hebrus.

<sup>50</sup> Aed., IV, xi, 1.

<sup>51</sup> Corfú.

<sup>52</sup> Bell., VIII, xxii, 30.

<sup>53</sup> Bell., VIII, xxii, 5.

<sup>54</sup> Bell., VIII, xxii, 9.

<sup>55</sup> ὁ δὲ Ἰανὸς οὗτος πρῶτος μὲν ἦν τῶν ἀρχαίων θεῶν οὓς δὴ Ῥωμαῖοι γλώσση ἰῆ σφετέρᾳ Πένυατες ἐκάλουν.

<sup>56</sup> . . . ὀλίγον ὑπερβάντι τὰ Τρία Φᾶτα οὕτω γὰρ Ῥωμαῖοι τὰς Μόιρας νενομί-  
πασικαλεῖν.

<sup>57</sup> Bell., V, xxv, 18.

patricios los sacaron a luz, declarando que el peligro que había caído sobre la ciudad sólo continuaría hasta el mes de julio, pues estaba predestinado que para ese tiempo alguien debía ser nombrado rey de los romanos y desde entonces no habría ningún peligro gético que temer; porque dicen que los godos son de esa raza<sup>58</sup>.

Es muy posible que en Constantinopla del tiempo de Justiniano existiera la misma curiosidad por los asuntos religiosos que existió antes, en los días de Teodosio y Juan Crisóstomo, cuando se discutía en los lugares públicos y aún en las tertulias elegantes de hombres y mujeres, acerca del problema que el concilio de Nicea de 325 había creído resolver para siempre. Pero terminó ese siglo IV y aun no se había extinguido el fuego del arrianismo, iniciado con la africana pasión de su autor, el magro sacerdote de *Baucalis*, condenado a destierro y fulminado con solemne anatema. La fórmula de la ortodoxia, que representa con exactitud la mente occidental, no ha satisfecho la necesidad sutil del pensamiento de oriente y de la lengua griega que lo expresa. Por ello, desde Alejandría hasta Constantinopla, patriarcas y sínodos se debaten en terribles controversias, donde parece estar ausente el Espíritu y sólo presente la pasión de muchos hombres, cuyo vestido talar apenas encubre la forma por siglos habituada al espectáculo sangriento, al triunfo y al culto de la fuerza.

En el siglo VI las expediciones de Justiniano lo ponen en contacto con pueblos que siguen credos heréticos. Godos, vándalos, visigodos y gépidos practican la misma religión<sup>59</sup>, todos ellos son del credo arriano<sup>60</sup> y tienen un sólo lenguaje llamado gótico<sup>61</sup>. Ciertos escritos fueron fijados de noche en los principales sitios de Roma y sólo al ser día se descubrieron; la sospecha recae en los sacerdotes de los arrianos<sup>62</sup>, que fueron expulsados de la ciudad inmediatamente<sup>63</sup>. Y el emperador, en carta a los francos en ocasión de la campaña de Italia, les dice que es justo que se unan a él en esta guerra; entre las razones invocadas está la fe ortodoxa, que repudia la opinión de los arrianos<sup>64</sup>.

También menciona otras herejías. Había en casa de Belisario cierto joven de Tracia, cuyos padres profesaban la fe de aquellos llamados eumonianos<sup>65</sup>. Cuando Belisario estaba a punto de embarcar para la expedición a Libia, sumergió a ese joven en el baño sagrado, levantándolo con sus manos y haciéndole de este modo su hijo adoptivo y el de su mujer, como es costumbre hacer adopciones entre los cristianos<sup>66</sup>.

Basiliscus, abandonado por todos, corrió a refugiarse en el mismo santuario que antes<sup>67</sup>. Acacio, el sacerdote de la ciudad, lo acusó de impiedad, de introducir confusión y muchas innovaciones en la doctrina cristiana, por haberse inclinado a la herejía de Eutiques<sup>68</sup>. Y Justiniano encuentra que la creencia en Dios estaba descarriándose en errores; por eso la trae para que descansa en el firme fundamento de una sola fe<sup>69</sup>.

De cualquier modo que sea, es evidente la división profunda de la po-

<sup>58</sup> Bell., V, xxiv, 28.

<sup>59</sup> ὁμοίως δὲ τὰ ἐς τὸν Θεὸν αὐτοῖς ἤσκηται.

<sup>60</sup> τῆς γὰρ Ἀρείου δόξης εἰσὶν ἅπαντες.

<sup>61</sup> Bell., III, ii, 5. <sup>62</sup> τῶν Ἀρειανῶν τοὺς ἱερεάς.

<sup>63</sup> Bell., VII, ix, 21. <sup>64</sup> Bell., V, v, 8.

<sup>65</sup> δόξης γεγωνῶς ἐκ πατέρων Εὐνομιανῶν καλουμένων.

<sup>66</sup> H. Arc., I, 15: ἥπερ εἰσποιεῖσθαι Χριστιανοῖς νόμος.

<sup>67</sup> SANTA SOFÍA. <sup>68</sup> Bell., III, vii, 22. <sup>69</sup> Aed., I, 9.

blación en un asunto semejante al arrianismo. Se trata del monofisismo, explotado con intención política en las viejas divisiones del circo, los bandos azul y verde, transformados en fuerzas actuantes con las cuales debe contar el Emperador, como se lo enseñaron en los primeros años de su reinado las trágicas jornadas de la insurrección<sup>70</sup>. Pero si en Procopio están tratados estos asuntos, hay otros de grande importancia, presentes con harta frecuencia en su obra y que llaman la atención, no porque sean su opinión, sino porque muchas veces delatan el deseo de carecer de ella. Esa falta de expresión no es ignorancia, sino voluntaria abstención. En muchas ocasiones nos parece ver a quien ha tocado vivir en tiempo de restricción, con necesidad de congraciarse a los que ocupan el trono y todo lo pueden.

Ante todo hay que señalar su creencia en Dios, en calidad de cristiano. Admira, en la lucha, los medios divinos y humanos; nota cómo Dios prevé lo que ha de suceder y dispone el modo cómo han de ocurrir los sucesos<sup>71</sup>. En su alabanza de Justiniano, al mencionar las fortalezas levantadas en las fronteras de Eufratesia, antes Comagene, dice que él llegó con ese solo objeto al poder imperial, pues Dios provee incesantemente a la seguridad del pueblo romano<sup>72</sup>. Esta ayuda es manifiesta en ocasión de la construcción del templo a la Madre de Dios, en Jerusalén, aquel al cual ningún otro podía ser comparado, llamado por los nativos la Nueva Iglesia<sup>73</sup>. Emplea su poderío humano e inteligencia, pero también es asistido por su pía fe, que lo recompensó con los honores recibidos y con la ayuda para realizar el acariciado plan<sup>74</sup>. Por ello le revela la existencia de una cantera de piedra en la proximidad de las colinas<sup>75</sup>. Esta protección divina y la seguridad que ha de tenerla, está bien expresada en lo que dice cuando emprende la construcción de un puente sobre el río *Sangarius*. Procopio sabe que lo terminará en poco tiempo, porque Dios coopera en todos los trabajos de Justiniano, razón por la cual ninguno fracasó hasta entonces, aun cuando al principio hayan parecido cosas imposibles<sup>76</sup>; porque ha sido encargado por Dios de la tarea de cuidar de todo el Imperio Romano y de rehacerlo, en lo posible<sup>77</sup>.

En las arengas de Belisario a sus oficiales y al ejército está manifiesta la ayuda que Dios ha de prestarle<sup>78</sup>; tiene la seguridad de terminar con el enemigo<sup>79</sup>; capturará la fortaleza de *Sisauranon*, si Dios quiere<sup>80</sup>. En *Solomon*, dirigiéndose a sus soldados, hay expresiones semejantes<sup>81</sup>. El mismo Vitigis, en ocasión que sitia a Belisario en Roma, al ver fracasado su propósito de suministrar un narcótico a las guardias y de este modo poder penetrar en la ciudad, comprende que nunca la tomará porque Dios no permitiría la realización de sus propósitos<sup>82</sup>. Y más tarde, él y los godos caen en desesperación, cuando sitiados en Ravena, piensan que la guerra es llevada contra ellos por Dios mismo<sup>83</sup>.

El castigo divino cae en forma de hostilidad sobre Belisario por haber olvidado un juramento; enviado contra los persas y Cosroes, que ha invadido por tercera vez el territorio del Imperio, se hizo culpable de cobardía<sup>84</sup>. Lo mismo ocurre a Juan de Capadocia, el hombre sin consi-

<sup>70</sup> La insurrección Nika, año 532 d. C.    <sup>71</sup> Bell., III, xviii, 2.    <sup>72</sup> Aed., II, ix, 11.  
<sup>73</sup> Aed., V, vi, 1.    <sup>74</sup> Aed., V, vi, 16.    <sup>75</sup> Aed., V, vi, 19.    <sup>76</sup> Aed., V, iii, 10.  
<sup>77</sup> Aed., II, vi, 6.    <sup>78</sup> Bell., I, xiv, 9; III, xvi, 8.    <sup>79</sup> Bell., II, xx, 27.  
<sup>80</sup> Bell., II, xix, 14.    <sup>81</sup> Bell., IV, xx, 5.    <sup>82</sup> Bell., VI, ix, 21.  
<sup>83</sup> Bell., VI, xxviii, 27.    <sup>84</sup> H. Arc., III, 30.

deración a Dios ni vergüenza ante los hombres<sup>85</sup>, que cuando va a un santuario a rezar y pasar la noche, se reviste con los ropajes de un sacerdote de la antigua fe<sup>86</sup>; aunque no fué claramente convicto de la muerte de Eusebio, pareció que la justicia divina estaba ejecutando en él las penas terrenas<sup>87</sup>. También Salomón, en jornada hacia sus tierras de oriente, después de indemnizado de sus crímenes por el emperador, fenece por determinación divina<sup>88</sup>.

Para Dios nada hay difícil o imposible en el mundo, como crear una cantera de piedra para favorecer a Justiniano o revelarla si estaba oculta. Los hombres consideran muchas cosas completamente imposibles porque las estiman en la escala del poder humano<sup>89</sup>; su mente es débil, razón por la cual la divinidad hace fracasar muchas empresas<sup>90</sup>. En cambio, lo que Dios ha decidido nunca puede ser evitado por voluntad humana<sup>91</sup>. Acostumbra a socorrer a aquellos que no son inteligentes ni capaces de urdir por sí mismos; a prestarles ayuda, si no son perversos<sup>92</sup>. Es tan poderoso que no puede ser contrariado por ningún humano<sup>93</sup>. Y auxilia a los hombres en los peligros que son necesarios, no en aquéllos que ellos mismos provocan<sup>94</sup>.

Procopio manifiesta su impotencia ante los designios divinos. Es incapaz de entender por qué ha de ser voluntad de Dios llevar a lo alto la fortuna de un hombre o de un lugar, para luego voltearlos y destruirlos sin causa aparente para nosotros; pues es erróneo decir que Él no siempre hace las cosas con razón por haber permitido que Antioquía fuera destruída por Cosroes y por la gente más impiadosa del mundo<sup>95</sup>. Se siente incapaz de explicar lo sucedido a Gelimero, que teniendo la victoria en las manos, voluntariamente la dió al enemigo; a no ser que deban también atribuirse a Dios los actos insensatos, quien cuando alguna vez se propone volcar la adversidad sobre un hombre, toca primero su razón y no le permite darse cuenta de lo que sería ventajoso<sup>96</sup>. Y más de una vez recurre a su conformismo, absteniéndose de una opinión y ateniéndose a que las cosas sean como Dios quiera<sup>97</sup>.

También se encuentran en la obra cosas maravillosas relacionadas con la intervención divina o de los santos. Alguna vez reflejan la creencia de la población de Roma como lo siguiente. Cuando Belisario, durante el sitio por Vitigis, comenzó a reedificar una parte del recinto, la porción llamada Muralla Rota, los romanos se lo impidieron declarando que el apóstol Pedro<sup>98</sup> les había prometido que él cuidaría allí de la muralla. Este apóstol es reverenciado por los romanos por encima de todos los otros —dice—. Y el desarrollo de los acontecimientos en el lugar fué lo esperado; porque ni ese día ni durante todo el tiempo que los godos estuvieron sitiando Roma, ninguna fuerza hostil vino allí ni ocurrió ningún incidente. Se maravillaron, Procopio y los bizantinos, que nunca ni a ellos ni al enemigo se le ocurriera recordar esa porción de las fortificaciones, aunque estuvieron asaltando e intentando contra otras partes del muro durante la noche. Y por esta razón, más tarde nadie se atrevió a

<sup>85</sup> Bell., I, xxiv, 13.    <sup>86</sup> Bell., I, xxv, 10.    <sup>87</sup> Bell., I, xxv, 41.

<sup>88</sup> H. Arc., V, 37.    <sup>89</sup> Aed., V, vi, 19.    <sup>90</sup> Bell., III, iv, 13.

<sup>91</sup> Bell., III, iv, 9.    <sup>92</sup> Bell., III, ii, 35.    <sup>93</sup> Bell., II, iv, 25.

<sup>94</sup> Bell., I, xviii, 21.    <sup>95</sup> Bell., II, x, 4.

<sup>96</sup> Bell., III, xix, 25.    <sup>97</sup> Bell., II, ix, 13; xii, 30.

<sup>98</sup> Μέτρον σφίσι τὸν Ἀπόστολον.



reconstruir esa parte de las defensas; y en los días del autor, la muralla permanecía aún abierta en ese punto<sup>99</sup>.

Acerca del emperador Justiniano también refiere un hecho milagroso. Yacía enfermo gravemente, produciendo la impresión de estar muerto y por tal había sido dado por los médicos. Pero los santos Cosmas y Damían<sup>100</sup> vinieron a él en una visión, lo salvaron inesperadamente, contrariando toda razón humana y lo pusieron de pie<sup>101</sup>. Algo semejante ocurrió a Potius, mantenido en dura prisión durante tres años. Dicen que el profeta Zacarías se le apareció en sueños y con juramentos le ordenó huir, prometiéndole ayuda. Persuadido por la visión, Potius salió de allí y eludiendo las pesquisas fué a Jerusalén. Muchas personas lo estuvieron buscando, pero nadie lo vió, ni cuando lo tuvieron delante. En aquella ciudad afeitó su cabeza vistiendo el hábito de los monjes, como los llaman<sup>102</sup>, consiguió escapar al castigo de Teodora<sup>103</sup>.

En otro relato, hecho sin duda para halagar a Justiniano, nos muestra como Dios se asocia a las obras que él realizaba. Crises, de Alejandría, tuvo una visión. Le pareció en su sueño que una enorme criatura, demasiado poderosa para parecerse a un hombre, le reveló cierta solución para impedir que el río arruinara nuevamente a la ciudad de Daras con su crecida. Inmediatamente supuso que la sugestión venía de Dios; escribió un relato de la visión y de la solución, con esquemas, y los envió al emperador. Ocurrió que poco antes había llegado a Constantinopla un mensajero de la ciudad de Daras, que contó a Justiniano el daño causado por el río. Llamó a los eminentes maestros constructores Antemio e Isidoro, les comunicó detalles de lo ocurrido en aquella ciudad y les pidió una solución para impedir que la calamidad se repitiese. Cada uno dió la que le parecía adecuada a la situación. Pero el emperador, movido sin duda por una inspiración divina<sup>104</sup>, puesto que no había visto todavía la carta de Crises, ideó y bosquejó por su propio ingenio el mismo plano del sueño. Pero como no tenía una opinión definida acerca de lo que debía hacerse, postergó la conferencia. Y tres días después llegó un hombre que mostró la carta de Crises y el dibujo. El emperador llamó de nuevo a los maestros constructores y les pidió que recordaran las anteriores soluciones del problema. Ellos repitieron en orden todos los detalles, los propios y los propuestos por Justiniano. Entonces éste les mostró el hombre que había sido enviado por Crises y su carta y les refirió acerca de lo que debía hacerse según el sueño y el dibujo hecho. Se maravillaron grandemente, porque consideraron que Dios se asociaba al emperador en todos los asuntos que beneficiaban al estado<sup>105</sup>.

Las largas controversias acerca del delicado asunto de la naturaleza divina en las que el poder imperial intervino desde los tiempos de Constantino el Grande, no están voluntariamente reflejadas en la obra de Procopio, que parece, con prudencia, eludir la cuestión. No obstante, en alguna ocasión se refiere a la naturaleza de Dios y es interesante ver como establece su posición frente al problema que ha agitado antes y agitaba entonces al mundo cristiano. También merece atención el título usado para designar

<sup>99</sup> Bell., V, xxiii, 5.    <sup>100</sup> A su iglesia se llevaban enfermos.    <sup>101</sup> Aed., I, vi, 5.

<sup>102</sup> καὶ τῶν μοναχῶν καλουμένων.

<sup>103</sup> H. Arc., III, 27.

<sup>104</sup> Θείας δηλόντι ἐπινοίας αὐτῷ γενομένης τινός . . .

<sup>105</sup> Aed., II, iii, 4.

al Papa romano, cuya investidura superior no parece estar reconocida. En un lugar cercano de la ciudad de Efeso los nativos habían levantado en tiempo antiguo un templo al apóstol Juan, que ha sido llamado El Teólogo porque la naturaleza de Dios fué descrita por él en forma superior al poder humano <sup>106</sup>.

Amararico, por haber ofendido gravemente al hermano de su mujer, sufrió gran calamidad. Su mujer era de fe ortodoxa y él seguía la herejía de Arrio <sup>107</sup> por lo que no le permitía mantener su credo o practicar los ritos religiosos de acuerdo a la tradición de sus mayores y la tenía en gran deshonra. Como ella no pudiera soportar tal cosa, enteró del asunto a su hermano. Por esa razón estalló la guerra entre germanos y visigodos <sup>108</sup> y Amalarico pereció en la batalla <sup>109</sup>.

Vinieron de Bizancio dos enviados ante el arcisacerdote de Roma, Hypatio, el sacerdote de Efeso, y Demetrio, el de Filipos, en Macedonia <sup>110</sup>, a conferenciar acerca de un asunto de fe, que es motivo de desacuerdo y controversia entre los cristianos.

La misma palabra arcisacerdote <sup>111</sup> es usada para designar al jefe de la Iglesia Romana, ya se trate de Silverio o de Vigilio <sup>112</sup>.

Y Procopio dice que en cuanto a los puntos en disputa, aunque los conoce bien, de ninguna manera hará mención de ellos; considera insania investigar la naturaleza de Dios, inquiriendo de qué especie es; porque si los hombres no pueden —según él piensa—, siquiera aprehender con exactitud los asuntos humanos, mucho menos pueden en aquellos que tocan a la naturaleza de Dios. Mantendrá un discreto silencio con el sólo objeto de que las viejas y venerables creencias no sean menoscabadas. Nada dirá Dios, salvo que es absolutamente bueno y tiene todo bajo su dominio. Y termina manifestando que debe dejarse a cada uno decir lo que piensa que sabe de estas cuestiones, tanto a los sacerdotes como a los seglares <sup>113</sup>.

En las acciones de los hombres interviene algunas veces un impulso o una inspiración divina, para beneficiarlos.

El emperador Arcadio, ante la difícil situación en que está en los asuntos de Persia, aunque no era muy sagaz fué capaz de concebir el modo de preservar tanto a su trono como a su hijo. Este plan fué, ya el resultado de conversaciones con los hombres doctos, como se encuentran numerosos entre los consejeros de un soberano, ya de una inspiración divina que vino a él <sup>114</sup>; porque al escribir las disposiciones de su testamento, designó a su hijo como sucesor en el trono, pero lo colocó bajo la salvaguardia de Isdegerdes, el rey persa <sup>115</sup>.

Los que van a matar a Solomon en el santuario se detuvieron, ya por los ritos que se celebraban en él, ya porque la fama del general los avergonzó o tal vez también porque algún poder divino lo impidió <sup>116</sup>; hecho que ocurrió en Cartago <sup>117</sup>.

<sup>106</sup> Aed., V, i, 5.

<sup>107</sup> δόξης γὰρ ὀρθῆς τὴν γυναῖκα οὖσαν, αἰσαῖν αὐτὸς τὴν Ἀρείου ἔχων.

<sup>108</sup> Año 531 d. C. <sup>109</sup> Bell., V, xiii, 10.

<sup>110</sup> παρὰ τὸν Ῥώμης ἄρχιερέα ἦκον.

<sup>111</sup> ὁ ἀρχιερεὺς.

<sup>112</sup> Bell., V, xxv, 13; xxxvi, 2; VII, xv, 9; XVI, 1. <sup>113</sup> Bell., V, iii, 5.

<sup>114</sup> ἢ Θείας τινὸς ἐπιπνοίας αὐτῷ γενομένης.

<sup>115</sup> Bell., I, ii, 6.

<sup>116</sup> ἢ καὶ τι Θεῖον αὐτοῦ διεκόλυσεν.

<sup>117</sup> Bell., IV, xiv, 25.

En Arcaïopolis, Lazica, los jefes Odonaco y Babas, ya fuera por ostentación de valor, o porque desearan someter a prueba a los soldados o por algún impulso divino <sup>118</sup>, dejaron a pocos de ellos donde estaban, ordenándoles vigilar a los asaltantes del muro desde el parapeto y entretanto juntaron a la mayor parte y les dirigieron una corta exhortación <sup>119</sup>.

El ejército de Solomon, frente a los moros, está en una mala posición. Un cierto Gezon, presa de furia, o movido por algún impulso divino <sup>120</sup>, inició la marcha hacia el enemigo, que trajo como resultado el combate y el triunfo <sup>121</sup>.

En la última parte de su historia refiere que Belisario, llegó a Bizancio y tomó residencia permanente allí. Había juntado una gran fortuna y era admiradísimo por sus anteriores éxitos, tal como la deidad <sup>122</sup> se lo había manifestado por un signo inequívoco antes que emprendiera la expedición a Libia <sup>123</sup>.

Pero también podemos observar en alguna expresión un resto del lenguaje usado cuando los dioses actuaban, tal como φθόνος de no muy clara explicación, como en el pasaje siguiente. Belisario acaba de destruir el puente de los godos sobre el Tiber y se prepara para proseguir hacia Roma; pero éste no era el deseo del destino, puesto que algún espíritu adverso o envidioso se interpuso <sup>124</sup> y llevó a la ruina la causa de los romanos <sup>125</sup>.

Acerca del destino, la suerte, la posición de Procopio es bien definida, porque como lo manifiesta, los hombres a veces suelen llamar destino a alguna manifestación de la voluntad de Dios que puede aparecer contraria a la razón.

Nadie se opone a Teodora; el ultraje es llevado al extremo; es como si el destino <sup>126</sup> hubiera hecho una exhibición de su poder. Y Procopio termina diciendo que debe dejarse que esta clase de asuntos sean agradables a Dios, pero que también lo manifieste <sup>127</sup>.

El emperador alabó particularmente a Bessas por el valor que había desplegado y por su talento al voltear toda la muralla de Petra; de tal modo aquél tanto a causa de su buena suerte, como por su valentía, fué una vez más objeto de respetuosa admiración <sup>128</sup>.

Y dice más adelante. Así ocurre que los asuntos humanos suceden, no de acuerdo al juicio de los hombres, sino que están sujetos al poder y la autoridad de Dios, a quien acostumbran a llamar destino <sup>129</sup>, no sabiendo por qué en el mundo los hechos ocurren del modo que se manifiestan a ellos. Porque se da el nombre de destino a lo que parece ser contrario a la razón. Pero en este asunto, dejemos que cada uno piense como quiera <sup>130</sup>.

No puede extrañar que en el siglo vi d. C. existieran todavía, con vigor suficiente como para entremezclarse en el relato de un historiador cuyo deseo es ser objetivo, restos de las antiguas creencias; son los signos, tal vez no interpretados entonces por falta de intermediarios hábiles o doctos, que aparecen con frecuencia sorprendente e impresionan, como se puede

<sup>118</sup> ἢ καὶ τι αὐτοὺς Θεῖον ἐκίνησεν.

<sup>119</sup> Bell., VIII, xiv, 14.

<sup>120</sup> ἢ καὶ τι αὐτὸν Θεῖον ἐκίνησεν. <sup>121</sup> Bell., IV, xx, 13.

<sup>122</sup> τὸ δαιμόνιον <sup>123</sup> Bell., VII, xxxv, 3.

<sup>124</sup> ἄλλ' ἐπεὶ οὐκ ἦν ταῦτα βουλομένη τῇ τύχῃ, τῶν τινος φθονερῶν δαιμόνων μηχανὴ γέγονεν, ἢ τὰ Ῥωμαίων πράγματα ἐφθείρε τροπῆ τοιῦδε.

<sup>125</sup> Bell., VII, xix, 22. <sup>126</sup> ὡσπερ τῆς τύχης <sup>127</sup> H. Arc., X, 9.

<sup>128</sup> Bell., VIII, xii, 29. <sup>129</sup> τῆς τύχης ὄνομα <sup>130</sup> Bell., VIII, xi, 34.

colegir de una actitud de prescindencia cuando hubiera cabido la de crítica esclarecida.

El mismo Procopio, cuando el ejército encuentra inesperadamente gran cantidad de agua al desembarcar en Libia, se alegra por su abundancia, no tanto a causa de su utilidad, sino porque le parecía un símbolo de fácil victoria que el cielo estaba anunciando<sup>131</sup>. La aparición de un cometa en el año 539 d. C. motiva diversas opiniones en los entendidos en la materia; pero él dice que sólo escribe que tuvo lugar y deja a cada uno juzgar como desee, según sean los acontecimientos posteriores<sup>132</sup>. Pero también es Dios quien envía una señal a los habitantes de Atioquía, antes de que Cosroes se apoderara de ella y la incendiara<sup>133</sup>; porque los estandartes de los soldados estacionados allí desde hacía largo tiempo, apuntaban hacia el oeste y por su propio impulso se volvieron hacia el este, para retornar a su primitiva posición sin que nadie los tocara<sup>134</sup>.

También Atila sabe el sentido de los signos. Cuando él sitiaba a Aquilea, una cigüeña abandona los muros, con sus pequeños, que a ratos vuelan y otras veces cabalgan sobre su lomo. El jefe bárbaro, muy inteligente para observar e interpretar todas las cosas, ordena al ejército permanecer en el mismo lugar, pues el ave no se hubiera ido con sus críos sino profetizara un mal para la ciudad, en tiempo próximo<sup>135</sup>. Gizerico, rey de los vándalos, puede reconocer ciertas manifestaciones. Mientras dormía Marciano, un águila voló por encima de él con las alas extendidas y permaneciendo en el aire siempre en el mismo sitio, proyectó su sombra sólo sobre él. El bárbaro, al enterarse de lo ocurrido, aunque no era persona de extraordinario discernimiento, sospechó que la cosa era una manifestación divina.

Es sugerente este continuo llegar a sus oídos de cosas extraordinarias y principalmente de vaticinios. Aunque casi siempre Procopio se escuda en su conocida frase —como dicen—, encuentra necesario incluir en su relato todo aquello que debiera haberle parecido una superstición vulgar; y no lo hace queriendo transmitirnos algo con sabor del tiempo y del lugar, sino, a pesar de sus precauciones, como con influjo o directa relación con los sucesos.

En materia de oráculos hay ejemplos interesantes. Se trata de la toma de Cartago por los vándalos. Un viejo oráculo había sido pronunciado por los niños, en los antiguos tiempos de la ciudad, según el cual  $\gamma$  perseguiría a  $\beta$  y de nuevo  $\beta$  perseguiría a  $\gamma$ . En el tiempo que había sido preferido como un juego infantil fué dejado como un acertijo inexplicable; pero ya era perfectamente claro para todos, porque Gizerico ( $\gamma$ ) había expulsado a Bonifacio ( $\beta$ ) y entonces Belisario ( $\beta$ ) estaba haciendo lo mismo con Gelimero ( $\gamma$ ). Y añade el autor que ello, fuese rumor u oráculo, se conoció como lo relata<sup>136</sup>.

Mauricio y su padre Mundus murieron en la lucha contra los godos, cerca de Salona, en Dalmacia. En aquella ocasión, los romanos recordaron el verso de la Sibila<sup>137</sup>, pronunciado en antiguo tiempo y que les parecía portentoso; porque las palabras del dicho eran que cuando Africa fuera tomada, el mundo perecería con su cría<sup>138</sup>. Pero éste no era el verdadero significado, sino que después de anunciar el oráculo que Libia quedaría

<sup>131</sup> Bell., III, xv, 35.    <sup>132</sup> Bell., I, iv, 3.

<sup>133</sup> ὁ Θεὸς ἐ νδειξάμενος τοῖς ταύτη ὠκημένοις ἐσήμηνε τὰ ἐσόμενα.

<sup>134</sup> Bell., II, 10, 1.    <sup>135</sup> Bell., III, iv, 32.    <sup>136</sup> Bell., III, xxi, 14.

<sup>137</sup> τοῦ Σιβύλλης ἔπους    <sup>138</sup> ὁ κόσμος ξὺν τῷ γόνῳ ὀλεῖται.

una vez más sujeta a los romanos, agregaba también esta condición, que cuando ese tiempo viniera, Mundus perecería con su hijo: "*Africa capta Mundus cum nato peribet*" como dice el texto latino<sup>139</sup>. Y Procopio sabe que en Cuma los habitantes muestran la gruta de la Sibila, donde dicen estaba el altar de sus oráculos<sup>140</sup>. Los ha leído y manifiesta que es imposible para un mortal descubrir el significado antes de producido el acontecimiento a que se refieren. Da la razón de ello, que consiste en que la Sibila no menciona invariablemente los hechos en su sucesión, ni mucho menos construye una narración bien ordenada; sino que, después de algún verso concerniente a los disturbios en Libia, va a tierra de Persia, enseguida nombra a los romanos, y luego se refiere a los asirios. Y mientras profetiza acerca de los romanos, predice las desventuras de los bretones. Por este motivo —dice Procopio— es imposible a ningún hombre comprender los oráculos de la Sibila antes del acontecimiento y sólo es el tiempo, después de lo ocurrido, cuando las palabras pueden ser atestigüadas por la experiencia, el que puede ser intérprete acabado de sus dichos. Y termina manifestando que cada uno razone como desee<sup>141</sup>.

Semejante es la expresión usada por Gelimero, en carta a su hermano Tzazon, en Sicilia, a quien manifiesta que lo decidido antes por la fortuna es entonces posible conocerlo por los acontecimientos<sup>142</sup>.

Demasiado impregnado estaba ese mundo de oriente del sentido de lo extra natural para que alguien como Procopio, obligado a convivir con las gentes de las ciudades en que entra guerreando, pueda evitar su contacto. Y si no llega a participar por completo de las creencias que los mantienen en una casi comunicación con las esferas del más allá, por lo menos han quedado en él rastros suficientemente marcados que afloran en el relato. No es sólo en aquellas regiones que son el último desgranarse de milenarias civilizaciones traslapadas, que llegan hasta sus días en degradación sorprendente, donde la mezcla de los más diversos elementos debía hacer muy difícil distinguir en los resabios de viejas doctrinas entroncadas en ritos y misterios, lo que era auténtico pensamiento ancestral, de aquello otro que los hombres van adhiriendo frente a lo desconocido, movidos por el ingénito deseo y la irreprimible creencia de poder subsistir después del tránsito terreno; sino también en el mismo occidente, donde las luchas entre los fieles, el eco de las sutiles disputas en los concilios y la misma inestabilidad del credo cristiano, propiciaron el fuerte desarrollo de todo lo derruido.

No debe olvidarse tampoco la composición general del ejército bizantino, donde estaban entremezclados bárbaros de todas las naciones, algunos medio cristianizados, otros con la herencia íntegra de sus antecesores; pero todos aptos para aceptar lo fantástico y dejarse dominar por las más caprichosas supersticiones. Es muy probable que esa atmósfera ganara también al círculo inmediato de los conductores de la guerra, como puede inferirse de las frases del mismo Procopio en que trasmite sus reflexiones, con cuidado de manifestar que tales cosas se dicen o han ocurrido, pero sin atreverse a negarlas o tenerlas como simple creencias de hombres indoctos.

Es por esto que nos habla de visiones, de extraordinarios portentos, de cosas prodigiosas y proféticas. No puede silenciar lo ocurrido en *Leptis Magna*, en su tiempo. El emperador Justiniano había asumido ya la autori-

139 Bell., V, vii, 6. 140 Bell., V, xiv, 3. 141 Bell., V, xxiv, 28 sig.  
142 Bell., III, xxv, 13. 143 λενάθαι.

dad, pero no emprendido aún la guerra vandálica. Moros bárbaros llamados *lenatas*<sup>143</sup> se impusieron a los vándalos, amos entonces de Libia y dejaron a la nombrada ciudad sin habitantes. Estando en las colinas cercanas vieron súbitamente una llama en medio de *Leptis Magna*. Supusieron que habían llegado enemigos y fueron contra ellos a gran velocidad; pero como no encontraron a nadie, relataron el asunto a los hechiceros, que predijeron que la ciudad sería de nuevo habitada. Poco después el ejército del emperador Justiniano vino y ocupó Trípoli y el resto de Libia<sup>144</sup>.

Alguna vez, aunque manifiesta no dar fe al hecho, cree que debe relatarlo. Theodatus quedó en la mayor consternación por algo que le ocurrió. Se había dedicado a consultar a aquellos que profesan predecir el futuro. Como se encontraba sin saber que hacer ante la situación —un estado que más que ninguno impulsa al hombre a buscar profecías—, inquirió de uno de los hebreos, con gran reputación de mántico, acerca de la terminación de la guerra. El hebreo le ordenó que confinara tres grupos de diez cerdos en tres chozas y que después de haberles dado respectivamente los nombres de *godos*, *romanos* y *soldados del emperador*, esperara quietamente cierto número de días. Theodatus hizo como se le había dicho y cuando el día fijado llegó, ambos fueron a las chozas y observaron a los cerdos. Encontraron que aquellos a los cuales se había dado el nombre de *godos* habían perecido menos dos. Todos, salvo pocos, vivían entre los que recibieron el nombre de *soldados del emperador*. Y en cuanto a aquellos que habían sido llamados *romanos*, aunque a todos se les había caído el pelo, la mitad estaban vivos.

Cuando Theodatus conoció esto y predijo el resultado de la guerra fué presa de gran pánico: morirían la mitad de los romanos y serían privados de sus bienes; la raza goda sería derrotada y reducida a unos pocos; y el emperador, con escasas pérdidas de los suyos, obtendría la victoria. Fué esa la razón —dicen— por la cual Theodatus no se sintió impulsado a entrar en lucha con Belisario. Al final, Procopio añade una reflexión propia: en cuanto a esta historia, dejemos que cada una exprese sus pareceres de acuerdo al crédito que le merezca<sup>145</sup>.

Cuando Mayorino fué disfrazado ante Genserico, consiguió que le mostrara sus depósitos de elementos bélicos. Dicen que las armas entrechocaron por impulso propio, con sonido no casual ni de ordinaria especie. Pareció entonces al jefe vándalo que había habido un terremoto. Y cuando salió al exterior e inquirió acerca del sismo, como nadie pensara en él, le ganó gran admiración; pero no alcanzó a comprender el significado de lo que había sucedido<sup>146</sup>.

El ejército comandado por Belisario contra los vándalos acampó en *Tricamarum*, distante ciento cincuenta estadios de Cartago. Así, los enemigos se mantuvieron a considerable distancia el uno del otro. Y cuando ya era bien entrada la noche, un prodigio ocurrió en el campo romano: el ápice de las lanzas se encendió con un fuego brillante. Esto no fué visto por muchos, pero el hecho llenó de zozobra a los pocos que lo observaron, no sabiendo cuál resultado traería. La misma cosa ocurrió a los romanos tiempos después en Italia. Y entonces, como tenían conocimiento por experiencia, lo creyeron un signo de victoria. Pero en la ocasión, como era la primera vez que ocurría, se llenaron de consternación y pasaron la noche con gran temor<sup>147</sup>.

<sup>144</sup> Aed., VI, iv, 6.   <sup>145</sup> Bell., V, ix, 2-7.   <sup>146</sup> Bell., III, vii, 10.

<sup>147</sup> Bell., IV, ii, 5.

En el décimo año del reinado de Justiniano <sup>148</sup>, durante el invierno, Belisario permaneció en Siracusa y Solomon en Cartago. Entonces ocurrió un terrible portentoso: el sol, durante todo el año, dió su luz sin brillo, como la luna y se parecía excesivamente al sol en eclipse. En todo ese tiempo, los hombres no se vieron libres de guerra, ni de peste, ni de lo relacionado con la muerte.

En ocasión que Belisario sitiaba a Ravena, apareció manifiesto que la fortuna determinaba el curso de los acontecimientos. Los godos habían reunido previamente gran cantidad de barcos en Liguria y traído al Po. Después de llenarlos con grano y otras provisiones, se proponían navegar hacia Ravena. Pero el agua de este río bajó tanto que hizo imposible el tránsito hasta que los romanos vinieron y se apoderaron de los barcos y su carga. Poco después el Po recobró su natural profundidad y se hizo navegable. Por lo que sabemos por la tradición —agrega Procopio—, nunca había ocurrido en el río una falta de agua semejante.

Estando Belisario en Italia, ocurrió en Nápoles algo singular. Había en la plaza del mercado una imagen de Teodorico, jefe de los godos, hecha con muchas piedras pequeñísimas, tintas con casi todos los colores. Una vez, en vida de Teodorico, ocurrió que la cabeza de la imagen cayó sin que nadie hubiese tocado las piedras; por coincidencia, él murió en seguida. Ocho años más tarde las que formaban el cuerpo, se desprendieron súbitamente y Atalarico, nieto del anterior, también murió. Poco tiempo después las piedras que formaban la ingle cayeron al suelo y Amalasantia, la hija de Teodorico, se fué del mundo. Estas cosas sucedieron como las he relatado—, dice Procopio. Y cuando los godos comenzaron el sitio de Roma, el resto de la imagen se vino abajo y desapareció de la pared. Los romanos, adivinando el significado del hecho, sostuvieron que el ejército del emperador vencería en la guerra, pues pensaron que los pies de Teodorico eran el pueblo gótico a quien él gobernaba y en consecuencia se volvieron más optimistas <sup>149</sup>.

Hermegiscles, rey de los varnos, pueblo que vivía entre el Mar del Norte, el Danubio y el Rhin, mientras cabalgaba con los más notables de los suyos, en cierto lugar vió un pájaro posado en un árbol, gritando fuertemente. Y fuera porque comprendía el lenguaje del ave o porque teniendo algún otro conocimiento fingiera la pretensión misteriosa de interpretarlo, inmediatamente dijo a sus acompañantes que moriría cuarenta días después, como ocurrió <sup>150</sup>.

Al mencionar a la ciudad de Edesa, dice Procopio que no silenciará el portentoso que ocurrió allí antes de la guerra. Cuando Cosroes estaba por quebrar la llamada paz perpetua, cierta mujer dió a luz un niño, que en todo era un ser humano normalmente formado, salvo que tenía dos cabezas. Y el significado de esto fué claro por los acontecimientos que siguieron; tanto Edesa, como prácticamente todo Oriente, fueron disputados entre dos soberanos <sup>151</sup>.

También observa la afición a la profecía entre los toscanos, resto de la antigua herencia de los etruscos, anteriores habitantes del suelo. En el Foro de la Paz, en Roma, un buey dejó el hato y subiendo a la fuente, cubrió al buey de bronce que había en ella. Pasaba por allí un hombre muy rústico, toscano de nacimiento; dijo que un día un eunuco derribaría al

jefe de Roma, lo que ocurrió en tiempo de Atalarico. Pero antes, el hombre y sus palabras provocaron risa. Y agrega Procopio que, previamente a la experiencia, los hombres acostumbraban burlarse de las profecías porque los acontecimientos no se han producido y el relato no es creído, como si fuera un cuento ridículo. Pero en el momento en que él escribe, todos se maravillan del signo; termina diciendo que fué tal vez por esa razón que Narses marchó como general contra Totila, si el juicio imperial había penetrado el futuro o porque el destino ordenara el hecho inevitable <sup>152</sup>.

Los dos ejércitos bárbaros se aproximaron y el cielo, sobre los lombardos, fué oscurecido por una nube, negra y muy densa, mientras sobre los hérulos estaba notablemente claro. Y a juzgar por esto se pensaría que los hérulos entraban en conflicto para su propio daño, porque no hay portento más prohibitivo que éste cuando los bárbaros van al combate. En efecto, los hérulos fueron vencidos <sup>153</sup>.

Procopio también considera prodigios el terremoto que ocurrió en Constantinopla y otros sitios, siempre de noche, pero sin que los habitantes sufrieran daño <sup>154</sup>; la extraordinaria crecida del Nilo, que sumergió a Egipto entero <sup>155</sup>; la captura de la ballena Porfirio, en Bizancio, que había molestado intermitentemente durante cincuenta años <sup>156</sup>. A raíz de ello, dice que los bizantinos, en vista de los tres acontecimientos, se dieron a profetizar el futuro; pero él opina que debe dejarse a los demás la explicación de lo maravilloso <sup>157</sup>.

No aparece clara aquí una negativa a creer en prodigios, sino más bien la manifestación de que él no sabe interpretarlos. Por otra parte, sería exigir lo imposible pensar que Procopio pudo haber sido una mente diferente de las de su tiempo, que en múltiples aspectos sufren la obsesión de lo sobrenatural, del emperador abajo.

Cosas más simples son para él portentosas, como las mareas del Po, junto a Ravena; aunque hace alguna observación acerca de las fases de la luna, no llega a conclusión <sup>158</sup>.

Dentro de lo prodigioso cabe el relato de cierto tipo de visiones, llegadas a él por referencia o en forma que no especifica. En el reinado del emperador Anastasio, Juan fué quien condujo la guerra contra los isáuricos. Había confinado a Justino, entonces soldado de la guardia del palacio y futuro emperador, en estrecha prisión, a causa de una ofensa. Estaba a punto de hacerlo morir, pero se lo impidió un sueño que tuvo, según declaró el general. Una criatura vino a él, de enorme tamaño y demasiado poderosa para ser un hombre. La visión lo instó a libertar al que había aprisionado aquel día. Juan dijo que al despertar no prestó atención a lo soñado; pero en la noche próxima, también durmiendo, le pareció oír de nuevo las palabras que oyera antes. A pesar de ello, no tuvo voluntad de obedecer. Pero una tercera visión llegó a él y lo amenazó con terrible destino si no cumplía sus instrucciones y agregó que más tarde, cuando se encolerizara excesivamente, tendría necesidad de ese hombre y su familia. Y de este modo Justino se salvó <sup>159</sup>.

Cuando quiere explicar cómo Justiniano arruinó al estado, recurre también a un sueño premonitorio, que uno de los notables tuvo a comienzos

<sup>152</sup> Bell., VIII, xxi, 15-18. <sup>153</sup> Bell., VI, xiv, 18. <sup>154</sup> Bell., VII, xxix, 4.

<sup>155</sup> Bell., VII, xxix, 6. <sup>156</sup> Bell., VII, xxix, 9.

<sup>157</sup> Bell., VII, xxix, 17-21. <sup>158</sup> Bell., V, i, 19 sig. <sup>159</sup> H. Arc., VI, 5 sig.



del reinado de Justino. Le pareció estar en alguna parte de Bizancio, en la costa opuesta a Calcedonia; veía a Justiniano, de pie en medio del estrecho, en ese lugar. Primero se tragó toda el agua del mar, a tal punto que tuvo la impresión de que el hombre estaba en lugar seco porque el agua ya no llenaba el paso en ese punto. Pero después otra agua apareció allí, saturada de suciedad y desperdicios, que salía de las cloacas a ambos lados del estrecho. Y el hombre también se tragó eso y de nuevo dejó seco el lecho <sup>159a</sup>.

Procopio relata también una extraña historia, vecina de lo mitológico, como él mismo dice, que no le parece del todo creíble. Se trata de pasadores de almas, de barcas misteriosas. Pero como es repetida por innumerables personas, que afirman haberlo hecho con sus manos y haber oído las palabras, no quiere ser tenido por ignorante si lo calla al referirse a la isla de *Britia*. Dicen que las almas de los hombres son siempre llevadas a ese lugar. Y Procopio sostiene que por el modo como lo describen, ha llegado a la conclusión que esas historias deben ser atribuidas a algún poder de los sueños. A lo largo de la costa opuesta a la isla de *Britia* hay numerosos villorrios de pescadores o de gentes que hacen tráfico marítimo con la isla. Están sujetos a los francos, pero nunca les hacen pagar tributo, pues han sido librados de esta carga desde antiguo tiempo, en razón de cierta tarea. Esos hombres manifiestan que la conducción de las almas está encargada a ellos, por turno; los que la noche siguiente deben hacer el servicio, relevando a otros, se retiran a sus casas tan pronto llega la oscuridad y duermen, en espera del que ha de juntarlos. A hora avanzada alguien golpea sus puertas y voces indistintas los llaman a su trabajo. Ellos se levantan sin vacilación de sus camas, pero compelidos, sin embargo. Van a la costa sin saber cuál necesidad los lleva hacerlo. Allí ven esquifes, sin nadie dentro; no sus embarcaciones, sino otras de tipo diferente, en las que penetran y toman los remos. Tienen conciencia de que las barcas están cargadas con gran cantidad de pasajeros; son mojados por las olas puesto que no sobresalen más de un dedo sobre la superficie; mas no ven a nadie y después de remar sólo una hora llegan a *Britia*. Sin embargo, cuando van en sus propias embarcaciones, sin usar de las velas, sino remando, con dificultad hacen la travesía en una noche y un día. Cuando han llegado a la isla y sido librados de su carga, regresan a gran velocidad, pues sus barcas se han vuelto repentinamente livianas y surgen sobre las olas, pues entonces sólo sumergen la quilla en el agua. En cuanto a ellos, nunca ven a nadie sentado en la embarcación o saliendo de ella; pero dicen que oyen algo como voz proveniente de la isla, que parece anunciar a los llegados, ante quienes se hacen cargo de las almas; porque pronuncia el nombre de cada pasajero que han traído, los cargos de honor ocupados antes y el nombre de su padre. Y si hay mujeres entre los que han sido transportados, aquella voz profiere el nombre del hombre con quien han estado casadas en vida. Termina Procopio diciendo que así afirman que ocurre los hombres de esa región <sup>160</sup>.

Quando la peste del año 542, intervienen causas extraordinarias. Apariciones de seres sobrenaturales, con aspecto humano de toda clase, fueron vistas por muchas personas; los que las encontraron pensaron que fueran golpeados por aquéllos en alguna parte del cuerpo e inmediata-

mente de haberlas visto, eran atacados por la enfermedad<sup>161</sup>. En cuanto a los que estaban válidos, se encerraban en sus habitaciones y pretendían no oír a los amigos apestados que pedían auxilio, temiendo que fuera alguna de esas apariciones<sup>162</sup>. Grande es la calamidad que es tan imposible expresarla en palabras como concebir alguna explicación<sup>163</sup>. Debe dejarse que cada uno exprese su juicio, tanto el sofista como el astrólogo<sup>164</sup>; en cuanto a Procopio, relatará dónde se originó la enfermedad y el modo cómo destruyó a los hombres<sup>165</sup>. Sirvió ella para que aquéllos, antes dedicados a fines vergonzosos o bajos, practicaran los deberes religiosos con diligencia<sup>166</sup>.

Otra vez se complace en un relato al que no da el carácter de sobrenatural. Ha sido testigo presencial del hecho, cuando el ejército comandado por Juan entró en la región del Piceno. Se trata simplemente de una criatura abandonada por la madre, que una cabra crió<sup>167</sup>.

No es extraño, pues, que en este ambiente de fábula, al referirse al muro que los hombres de la antigüedad edificaron en la isla de *Britia* para separar una gran parte de ella, trasmite datos inverosímiles<sup>168</sup>.

Hay vestigios de paganismo en Procopio. Muchas son las vueltas que ha dado por el mundo, mezclado a reveses y victorias, tanto en occidente como en oriente. Y en esta última región, ha tenido contacto con los restos de un pasado muerto ya, pero no borrado ni de la superficie de la tierra ni de la intimidad de los hombres. Extraños ritos sobreviven a la pujante marea cristiana y es evidente que allí, en el punto de mayor contacto con lo anterior, nacieron las divergencias y las luchas enconadas, donde la pasión africana se mezcla a la sutileza griega y produce esas maravillas de admirable dialéctica, que han atemorizado a Procopio, el hombre que nada desea decir en materia de religión. Sabe perfectamente los asuntos por los cuales los cristianos luchan entre ellos, promete relatarlos en un libro que escribirá, pero no lo hace<sup>169</sup>.

Es una posición prudente, aconsejada por lo que está viendo a su alrededor, para un relator oficial que necesita no perder el favor del hombre todopoderoso, cuyo brazo castiga sin que valga la distancia. Pero de cualquier manera son de interés algunos datos que nos da, alrededor de su tema bélico principal.

Cosroes, el monarca persa, fué a Seleucia, ciudad distante ciento treinta estadios de Antioquía, sobre el mar. No dañó a un solo romano. Se bañó en el agua del mar y después de haber sacrificado a Helios y a otras semejantes divinidades, después de impetrar a los dioses muchas veces, retornó a su país<sup>170</sup>.

Otra referencia es característica como permanencia de antiguos ritos y señala la acción decidida del emperador por destruir todo vestigio de paganismo. Habla de Africa, de dos ciudades conocidas por el mismo nombre, *Augila*, distantes de *Boreio* como cuatro días de jornada hacia el sud. Ambas son antiguas; sus habitantes han conservado las viejas prácticas. Sufren la enfermedad del politeísmo hasta sus días. Allí, desde hacía mucho tiempo, hubo templos dedicados a Ammon y a Alejandro de

<sup>161</sup> Bell., II, xxii, 10.

<sup>162</sup> Bell., II, xxii, 12: μή δαυμόνων τις ό καλῶν εἶη. <sup>163</sup> Bell., II, xxii, 2.

<sup>164</sup> καὶ σοφιστῆς καὶ μετεωρολόγος.

<sup>165</sup> Bell., II, xxii, 5. <sup>166</sup> Bell., II, xxiii, 14. <sup>167</sup> Bell., VI, xvii, 1-10.

<sup>168</sup> Bell., VIII, xx, 42. <sup>169</sup> Bell., VIII, xxv, 13. <sup>170</sup> Bell., II, xi, 1.

Macedonia, en los cuales se hicieron sacrificios hasta en tiempo de Justiniano. Pero ahora el emperador —dice cortesano Procopio—, ha tomado medidas, no sólo para la seguridad personal de sus súbditos, sino hecho lo necesario para la salvación de sus almas. Y para ello convirtió en cristiana a toda la población, consiguiendo que abandonara sus desdoloradas costumbres ancestrales y edificó un templo a la Madre de Dios, para custodia de la seguridad de las ciudades y de la verdadera fe <sup>171</sup>.

Al hablar de Libia, dice que en su tiempo, es el territorio desde los confines de Alejandría hasta la ciudad de Cyrene, comprendiendo la Pentápolis. En esa región, a un día de distancia de Alejandría, hay una ciudad llamada *Tafosiris*, donde dicen que el dios de los egipcios, Osiris, fué sepultado <sup>172</sup>.

Hay un detalle que parecería indicar cierta familiaridad con los sacrificios. Es al comienzo de su relato de la guerra persa. Un guerrero de esta nación es volteado de espaldas y su vencedor, Andreas, hombre de excepcional vigor, lo mató con un pequeño cuchillo como a una víctima de los sacrificios mientras permanecía yacente <sup>173</sup>. La evocación, aunque breve, es sugestiva <sup>174</sup>.

Lo mismo puede observarse cuando habla de la muerte de Teodato y del fin de su gobierno <sup>175</sup>; alcanzado en la fuga, fué volteado de espaldas al suelo y degollado como una víctima para el sacrificio <sup>176</sup>.

Ese conocimiento de los sacrificios aparece también cuando habla de los habitantes de *Thulé*, que reverencian a gran número de dioses y *daimones*, del cielo, de la tierra, del mar, de las aguas y de las fuentes. Siempre les ofrecen toda clase de sacrificios y hacen oblaciones a los muertos. Pero el más noble de todos, para ellos, es el del primer ser humano que han tomado cautivo en la guerra, porque lo sacrifican a Ares, a quien consideran el dios máximo. Y el modo como ofrecen la víctima no es sacrificándola en un altar, sino colgándola de un árbol o arrojándola sobre espinas o dándole alguna otra forma de muerte cruel <sup>177</sup>.

## HOMBRES DE GUERRA

El ejército mercenario de Justiniano contiene elementos de la más diversa índole. Unas veces son hombres que se ven forzados a servir, miembros de poblaciones vencidas que esperan su liberación; otras reclutados entre los bárbaros, atraídos por la paga y el botín. Ilustrativas son las palabras de Belisario a *Stephanus*, antes del ataque a Nápoles por el acueducto. Desea que una ciudad, desde antiguo tiempo habitada por cristianos y romanos, no sea esclavizada y sufra el horror del saqueo; en su ejército hay multitud de bárbaros que han perdido hermanos y parientes ante los muros; si la toman en acto de guerra, la furia de esos hombres no podrá ser refrenada <sup>178</sup>.

Sin embargo, entre ellos se destaca siempre un cuerpo escogido, al que ocasionalmente se califica de romano. No deben olvidarse tampoco aquellos otros bárbaros que ayudan en carácter de federados y suministran

<sup>171</sup> Aed., VI, ii, 14. <sup>172</sup> Aed., VI, i, 11-13.

<sup>173</sup> καὶ αὐτὸν Ἀνδρέας μαχαίρα τινὶ βραχεία ὡς περ ἱερεῖον ὑπτίως κείμενον ἔθυσεν. <sup>174</sup> Bell., I, xiii, 32.

<sup>175</sup> Año 536 d. C. <sup>176</sup> Bell., V, xi, 9. <sup>177</sup> Bell., VI, xv, 23. <sup>178</sup> Bell., V, ix, 27.

muchos elementos. Si hemos de creer a la Historia Secreta, también algunos de los guardias del palacio fueron enviados a través de todo el Imperio; eran hombres inaptos para el servicio <sup>179</sup>.

Ante todo cabe destacar la presencia de persas. Cuando Belisario se apoderó de *Sisauranon*, libertó a todos los habitantes que eran de origen romano y cristiano; pero a los persas los envió con Blescomes a Bizancio. No mucho después, el emperador Justiniano mandó a esos persas y a Blescomes a Italia, para luchar contra los godos <sup>180</sup>.

En la guerra contra los vándalos, emplea a masagetas, antiguo pueblo de Escitia. Belisario, por haber ajusticiado a dos individuos de esa nacionalidad de acuerdo con la ley romana, tiene que arengar al ejército a raíz de las protestas <sup>181</sup>. En otra ocasión debe prometerles que si los vándalos son vencidos, serán enviados a su tierra sin el menor retardo, con su botín; de ese modo los ligó con juramento para que ayudaran en las operaciones <sup>182</sup>.

En el ejército que Justiniano envía para la conquista de Italia, además de los soldados regulares y de los federados, hay isáuricos, hunos, moros <sup>183</sup>, eslavones y *antae*, pueblo eslavo establecido cerca del río Ister <sup>184</sup>. Artabazes comanda a persas <sup>185</sup>. Conon está de guarnición en Nápoles con una fuerza de un millar de romanos e isáuricos <sup>186</sup>.

El emperador despacha a Italia una flota, con Maximino, prefecto del pretorio nombrado por él, con soldados tracios y armenios <sup>187</sup>. Cuando Totila se apodera de Tíbur, la guarnición es de isáuricos <sup>188</sup>. Vitalio tiene un cuerpo de ilirios a sus órdenes <sup>189</sup>.

Un ejército de refuerzo llega de Bizancio por mar, desembarcaron tres mil isáuricos mandados por Paulo y Conon en el puerto de Nápoles y ochocientos tracios de caballería en *Dryous*, bajo el mando de Juan; también llegan con ellos un millar de soldados de la caballería regular, con varios jefes, entre los cuales estaban Alexander y Marcentio <sup>190</sup>.

Belisario entra en Roma con sus fuerzas, salvo un cuerpo de isáuricos que permanece en Ostia con Paulo <sup>191</sup>. Juan toma posesión de Ancona y va en su ayuda Conon, con no poca fuerza de isáuricos y tracios <sup>192</sup>. El mismo Belisario, cuando escribe a Justiniano pidiendo refuerzos, además de reclamarle sus lanceros y guardias, dice que es necesaria una gran fuerza de hunos y otros bárbaros, a quienes debe darse dinero inmediatamente <sup>193</sup>. El emperador le envía un ejército de soldados bárbaros y romanos y comisiona a Narses, el eunuco, para que persuada a los jefes de los hérulos a marchar a Italia <sup>194</sup>.

Las fuerzas que se envían a los delegados de Milán son un millar de hombres, isáuricos y tracios <sup>195</sup>. En Roma son isáuricos los que custodian la puerta llamada de Pablo el Apóstol, la *Porta Ostiensis* <sup>196</sup>. Gubades arenga a los *lazi* que combaten al lado de los romanos <sup>197</sup>. Y también Totila, en una de sus alocuciones, se refiere a los bárbaros que están en el ejército enemigo, hunos, longobardos y hérulos <sup>198</sup>. Los godos sitiados en

179 H. Arc., XXIV, 8. 180 Bell., II, xix, 24. 181 Bell., III, xii, 10.

182 Bell., IV, i, 11. 183 Bell., V, v, 2. 184 Bell., V, xxvii, 2.

185 Bell., VII, iii, 11. 186 Bell., VII, vi, 2. 187 Bell., VII, vi, 10.

188 Bell., VII, x, 19. 189 Bell., VII, xi, 13. 190 Bell., VI, v, 1.

191 Bell., VI, vii, 12. 192 Bell., VI, xi, 5. 193 Bell., VII, xii, 10.

194 Bell., VII, xiii, 20. 195 Bell., VI, xii, 26. 196 Bell., VII, xxxvi, 7.

197 Bell., VIII, viii, 6. 198 Bell., VIII, xxx, 7.

Ravena por Belisario, aunque son hostiles al gobierno de Vitigis porque comprenden que ha sido infortunado en extremo, se resisten a obedecer al emperador, pues temen que siendo sus esclavos, sean obligados a salir de Italia e ir a Bizancio <sup>199</sup>. Los lombardos del ejército de Narses, además de la general bajeza de su conducta, incendian cuanto edificio encuentran y violan a las mujeres que han buscado refugio en los santuarios <sup>200</sup>.

Si las fuerzas del ejército imperial estaban compuestas por hombres de las más diversas naciones, también tenían esa condición los jefes. La enumeración sería muy larga; por ello se limita a algunos que se distinguieron, con omisión de los bárbaros aliados que ayudaron en las diferentes empresas al mando de sus fuerzas.

Para comenzar, Belisario, el gran general, el hombre de confianza en todos los peligros, de máxima reputación, había nacido en Germania <sup>201</sup>, la cual define Procopio como situada entre Tracia y el *Illyricum* <sup>202</sup>.

Narses, el eunuco <sup>203</sup>, es un persarmenio <sup>204</sup>. Fué miembro de la guardia imperial y custodio de los tesoros <sup>205</sup>. Reputado como hábil conductor de hombres, va a Italia con fuerzas, para reunirse con Belisario, a quien estorba la acción. Es sostenido por Justiniano por largo tiempo, hasta que resuelve llamarlo para enviarlo contra los hérulos. Vuelto a Italia, dirige la campaña contra Totila, empresa difícil, en que se distingue por su energía.

Hay otro persarmenio, llamado también Narses, hermano de Isaac y de Aratius <sup>206</sup>, que militó en las filas de los persas y sostuvo campañas victoriosas contra Belisario. Pasado a las armas imperiales, fué enviado como jefe a Italia. También es persarmenio Varazes <sup>207</sup>, que combatió contra los godos y después tuvo comando en Lazica.

Son armenios, Juan <sup>208</sup>, tesorero de Belisario, que manda fuerzas contra Gelimero <sup>209</sup>; Adolius, hijo de Acacio, al servicio del emperador como silenciario <sup>210</sup>, jefe de caballería romana que muere en la guerra de Persia; Aratius <sup>211</sup>, que había pasado al ejército romano y combatió en Italia; Isaac, hermano del anterior <sup>212</sup>, enviado con otros jefes a Epidamno <sup>213</sup>, con fuerzas bárbaras y romanas para reunirse con Belisario; Artabanes, que se había pasado al ejército imperial <sup>214</sup>, admiró a Bizancio por sus hazañas, fué amado por sus otras condiciones, fué nombrado general allí, comandante de los federados y revestido con la dignidad de cónsul.

Son persas, Pedro, el general, nacido en Arzanene <sup>215</sup>, de conocida insolencia; había sido capturado cuando niño por Justino el emperador, que lo hizo entonces su esclavo; pero fué benévolo con él y le hizo concurrir a la escuela de un gramático; Solomon, eunuco, nacido cerca de Daras <sup>216</sup>, primero jefe de fuerzas auxiliares, de destacada actuación después en Libia y Mauretania; Bleschames, enviado a Italia a luchar contra los godos <sup>217</sup>.

Es de Iberia —Georgia—, Peranius, un hombre de la familia real de su país, pasado a los romanos por enemistad con los persas; es de los que acompañan a Belisario, general en jefe, por mar a Italia, con las fuerzas regula-

<sup>199</sup> Bell., VI, xxix, 17.    <sup>200</sup> Bell., VIII, xxxiii, 2.

<sup>201</sup> ὄρητο δὲ ὁ Βελισάριος ἐκ Γερμανίας, ἢ θρακῶν τε καὶ Ἰλλυριῶν μεταξὺ κεῖται.

<sup>202</sup> Bell., III, ix, 21.    <sup>203</sup> Bell., I, xxv, 24.    <sup>204</sup> Bell., I, xv, 31.

<sup>205</sup> Bell., VI, xiii, 16.    <sup>206</sup> Bell., II, xxiv, 14.    <sup>207</sup> Bell., VIII, xxvii, 3.

<sup>208</sup> Bell., III, xvii, 1.    <sup>209</sup> Bell., VI, x, 5.    <sup>210</sup> Bell., II, xxi., 2.

<sup>211</sup> Bell., I, xii, 21.    <sup>212</sup> Bell., VII, xiii, 20.    <sup>213</sup> DURAZZO.

<sup>214</sup> Bell., IV, xxiv, 2.    <sup>215</sup> Bell., II, xv, 7.

<sup>216</sup> Bell., III, ix, 9.    <sup>217</sup> Bell., II, xix, 24.

res, federados e isáuricos<sup>218</sup>. También lo es Phazas a quien el mismo Belisario da un comando de fuerzas de caballería<sup>219</sup>.

Son de Tracia, Barbation, de la guardia de Belisario<sup>220</sup>, que en la campaña de Italia se desempeña malamente. Constantino<sup>221</sup>, general que actúa también allí y obtiene victorias contra los godos; pero termina muerto por orden de Belisario, a raíz de una intriga que narra la *Historia Secreta*. Rufino<sup>222</sup>, portaestandarte de Belisario y comandante de caballería.

Son godos, Amalafridas<sup>223</sup>, traído por Belisario a Bizancio y nombrado jefe romano por el emperador; Bessas<sup>224</sup>, el tracio, pero godo de nacimiento, general de gran actuación en Italia y que, nombrado general de Armenia, perdió su reputación en el sitio de Petra.

Son de Italia, Apolinario<sup>225</sup>, enviado con un ejército a *Ebusa, Maiorica y Minorica*. Fidelius<sup>226</sup>, milanés, prefecto del pretorio, que comanda tropas. Ildigisol<sup>227</sup>, lombardo, enemigo personal del jefe de aquel pueblo; escapó a Bizancio y allí el emperador lo nombró comandante de una de las compañías de las guardias de palacio, las llamadas *scholae*.

Y los hay de otras naciones. Uligagus<sup>228</sup>, que manda fuerzas en la campaña de Lazica, es hérulo. Aigan<sup>229</sup>, de la guardia de Belisario, general de caballería, es masageta. Patricius<sup>230</sup>, general que interviene en la guerra de Persia, es frigio. Filegagus<sup>231</sup>, uno de los que conducen las fuerzas contra los persas en Lazica, hombre muy enérgico, es gépido. Paulus<sup>232</sup>, cilicio de nacimiento, primero había sido encargado de la casa de Belisario; pero luego fué a Italia comandando fuerzas de caballería. Mundus<sup>233</sup>, es de estirpe bárbara, pero extremadamente leal a la causa del emperador y un guerrero capaz.

Esto en lo que atañe a los jefes principales. Lo mismo podríamos observar acerca de los otros comandantes del ejército imperial, de los de las fuerzas auxiliares, ciudades y guarniciones, de los oficiales, de los miembros de la guardia personal de los generales, de los enviados y funcionarios. Y un ejemplo de hasta qué punto llegaba la mezcla de hombres diferentes, lo podemos ver, entre otros muchos, en circunstancias en que Belisario está sitiado en Roma. Por la pequeña puerta del Pincio envía seiscientos jinetes contra el campo de los bárbaros y los coloca bajo el mando de Artasires, un persa, Bochas, un masageta y Cutilas, un tracio<sup>234</sup>.

Este ejército imperial tiene indudablemente grandes condiciones bélicas, pues sin ellas no hubiera sido posible la realización de las conquistas con contingentes relativamente reducidos. Demuestra esta penuria de efectivos, el ejército concentrado en Roma al comienzo del sitio, que no excedía de cinco mil hombres<sup>235</sup>. Es verdad que el emperador no se apresura a enviar los refuerzos que son necesarios y le son pedidos con instancia. En la campaña de Italia, Belisario está incapacitado de auxiliar a las ciudades sitiadas por los godos. Envía a Juan, el sobrino de Vitaliano, a Bizancio. Antes lo liga con los más solemnes juramentos para que se esfuerce en volver lo más pronto posible. Su misión era pedir a Justiniano que le enviara un gran ejército, una generosa provisión de dinero y además, armas y caballos; por-

218 Bell., V, v, 2. 219 Bell., VII, xviii, 5. 220 Bell., VII, xi, 37.

221 Bell., V, v, 3. 222 Bell., VI, x, 3. 223 Bell., VIII, xxv, 11.

224 Bell., V, xvi, 2. 225 Bell., IV, v, 7. 226 Bell., V, xiv, 5.

227 Bell., VIII, xxvii, 2. 228 Bell., VIII, x, 5. 229 Bell., I, xiii, 20.

230 Bell., I, viii, 2. 231 Bell., VIII, viii, 15. 232 Bell., VII, xxxvi, 16.

233 ἦν δὲ ὁ Μοῦνδος γένος μὲν μὲν βάρβαρος.

234 Bell., VI, ii, 9. 235 Bell., V, xxi, 17.

que los pocos soldados que tenía no deseaban luchar, afirmando que el Estado les debía las pagas y estaban faltos de todo. Y esto era verdad <sup>236</sup>. Pero teniendo dinero suficiente, aumentaban el número y la eficacia. Ejemplo del atraso en las pagas es el siguiente. Narses salió de *Salones* y se movió contra Totila y los godos con todo el ejército romano, que era extraordinariamente grande; porque él había recibido del emperador cuantiosa suma de dinero, con la cual reunió primero un formidable ejército y todos los implementos necesarios para la guerra; después pudo pagar a los soldados de Italia todo el dinero que se les debía del pasado <sup>237</sup>.

No obstante, el mismo Procopio celebra la conducta del ejército, por ejemplo en la batalla contra Totila y dice que no puede admirar a algunos de los romanos o de sus aliados bárbaros, más que a otros; porque todos ellos mostraron un común entusiasmo y desplegaron el mismo valor y energía en la acción, recibiendo el ataque enemigo con el máximo vigor y rechazándolo <sup>238</sup>.

Con semejante proceder la disciplina se resiente con frecuencia y ocurren hechos de extrema gravedad. Algunas veces hay que reconocer la causa en la misma composición heterogénea de las fuerzas. En la guerra contra los vándalos, Belisario ha hecho ejecutar a dos masagetas, de acuerdo a la ley romana. Esto mueve protestas y el general debe arengar a los soldados para acallarlas <sup>239</sup>. Cuando desembarca en Sicilia comienza a tranquilizarse, pues no sabe qué clase de hombres son los vándalos contra los cuales va a Africa; pero más le alarman los soldados, que tienen miedo mortal a luchar por mar <sup>240</sup>. Y al tomar tierra en Libia, debe reprimir el pillaje a que se entregan <sup>241</sup>. Después de la derrota de los vándalos en 533, Belisario, está perturbado al ver al ejército romano en confusión y gran desorden <sup>242</sup>. Antes la causa imperial parecía completamente perdida, tan numerosa aparecía la fuerza de los vándalos y tan grande el temor que inspiraban a los bizantinos <sup>243</sup>.

En otras ocasiones se alzan contra su jefe. Los soldados destacados por Belisario para la guarnición de Roma, mataron a Conon, su comandante. El motivo fué la acusación de traficar con grano y otras provisiones en su detrimento. Después del hecho, enviaron a algunos sacerdotes como delegados, para transmitir la firme declaración de que si el emperador no los eximía de culpa por el hecho y no les daba la paga atrasada dentro de un tiempo determinado, se pasarían sin vacilación a Totila y los godos <sup>244</sup>. Y el emperador accedió al pedido. Verdad es que esto sucedió después de la muerte de Teodora.

Procopio ha sido testigo ocular de muchos de estos motines, como el de los soldados de Solomon con motivo de la posesión de la tierra de los vándalos <sup>245</sup>, en que hubo asesinatos, robos y la fuga del mismo general <sup>246</sup>.

Germano, sobrino del emperador Justiniano, recibe a los sublevados amistosamente y además les da paga por el tiempo en que han estado alzados en armas <sup>247</sup>. Debe también arengarlos, para convencerlos que no tienen razones contra el emperador <sup>248</sup>.

Las expediciones militares cuestan enormes sumas en preparativos y rea-

<sup>236</sup> Bell., VII, xii, 1.    <sup>237</sup> Bell., VIII, xxvi, 5.    <sup>238</sup> Bell., VIII, xxxii, 11.

<sup>239</sup> Bell., III, xii, 10 sig.    <sup>240</sup> Bell., III, xiv, 2.    <sup>241</sup> Bell., III, xvi, 1.

<sup>242</sup> Bell., IV, iii, 1.    <sup>243</sup> Bell., III, xix, 26.    <sup>244</sup> Bell., VII, xxx, 7.

<sup>245</sup> Bell., IV, xiv, 8.    <sup>246</sup> Bell., IV, xiv, 36.    <sup>247</sup> Bell., IV, xvi, 5.

<sup>248</sup> Bell., IV, xvi, 12.

lización. Pero los recursos no son suficientes y la paga de los soldados, que son mercenarios, no siempre llega. Es condición de la guerra que se beneficien con el botín. Así, Juan, general de Belisario que actúa en la campaña contra los godos, tiene instrucciones de conservarlo para que pueda ser dividido equitativamente entre el ejército <sup>249</sup>. El ardor bélico es estimulado por la codicia. Narses levanta en el aire brazaletes, collares y joyas de oro en perchas y otros incitativos para estimular el valor en la próxima lucha <sup>250</sup>. Lo que se conquista no es sólo riqueza. Gelimero, vencido por Belisario, huyó del campamento donde se había refugiado y sus vándalos lo siguieron, abandonando tesoros, mujeres y niños <sup>251</sup>. Las fuerzas imperiales persiguieron al enemigo durante toda la noche, matando a los hombres que encontraban y haciendo esclavos a las mujeres y a los niños. Cuando Solomon derrotó a los moros, en un encuentro en que se dice perecieron diez mil de ellos, todas las mujeres con los niños fueron hechos esclavos y muertos los hombres que encontraron <sup>252</sup>. El mismo general los deshizo al norte del monte *Bourgaon*. Tan grande era la multitud de mujeres y niños que tomaron, que vendían un niño moro por el precio de una oveja a quien quisiera comprarlo <sup>253</sup>. Después de la batalla de *Leptis Magna* <sup>254</sup>, se apoderaron de los bienes y esclavizaron a gran número de mujeres y de niños.

Aún en Italia ocurren hechos de esta índole. Belisario ordenó a Juan, su general, que comenzara las operaciones. Él, con dos mil jinetes, comenzó a recorrer las tierras del Piceno, a devastar todo lo que encontraba y trató como a esclavos a las mujeres y niños del enemigo <sup>255</sup>.

Este tipo de hombres es difícil de contener y el mismo Belisario tiene que contentarlos, como en el caso de un traidor. Un cierto Bucentius, por amor al dinero, había llevado a Vitigis, a Ravena, una carta que los godos sitiados en *Auximus* le confiaron. Apresado, fué entregado a sus camaradas para que hicieran de él lo que quisieran. Ellos, poco después, lo quemaron vivo a la vista del enemigo <sup>256</sup>.

No es de extrañar que el emperador acostumbrara a regalarles cada cuatro años una determinada suma de oro <sup>257</sup>. Las consecuencias no podían ser peores. Los soldados eran extremadamente pobres —al decir de Procopio— y al volverse de golpe dueños de riqueza, de mujeres a la vez jóvenes y bien parecidas <sup>258</sup>, caían en la indisciplina, la molicie y el desenfreno.

Ya se ha visto que entre las figuras principales que conducen al ejército hay gran número de hombres de diferentes naciones, aquellas que los que se sienten dentro de la comunidad bizantina califican de bárbaros. En éstos no es de extrañar que en determinadas circunstancias desacaten las órdenes del general en jefe o procedan siguiendo su propia determinación si no las reciben; pero lo mismo ocurre entre los que son calificados netamente de romanos. El mal del ejército de Justiniano es de índole general y una de sus causas es la diversidad de sus elementos componentes. No debe olvidarse —sin desestimar las excepciones— que ya desde hace tiempo algunos personajes ilustres son incultos, como Justino, que llegó a emperador después de haber sido hábil general; de él se dice que era analfabeto <sup>259</sup> y que ni firmar sabía.

En lo relativo a los comandantes no debe olvidarse que el gobierno de

<sup>249</sup> Bell., VI, vii, 33.    <sup>250</sup> Bell., VIII, xxxi, 9.    <sup>251</sup> Bell., IV, iii, 24.

<sup>252</sup> Bell., IV, iii, 24.    <sup>253</sup> Bell., IV, xii, 27.    <sup>254</sup> *LEBIDA*.

<sup>255</sup> Bell., VI, x, 1.    <sup>256</sup> Bell., VI, xxvi, 26.    <sup>257</sup> H. Arc., XXIV, 23.

<sup>258</sup> Bell., IV, iii, 3.    <sup>259</sup> H. Arc., VI, 10.



Constantinopla procede con frecuencia arbitrariamente, que ante él valen las intrigas, aún femeninas, y que Justiniano es un déspota que se considera superior a la condición humana; por lo tanto, obra con inconsecuencia e injusticia, porque tal es su capricho o teme por el crecimiento de alguna reputación militar o ha cambiado de objeto al dispensar su gracia o hace recaer sobre alguien la falta del apoyo necesario para llevar a término una misión. Otras veces son nombramientos de personas inaptas. Cuando supo que los godos habían pillado toda Sicilia, juntó una flota, embarcó en ella un ejército formidable formado por destacamentos de infantería y nombró a Liberio comandante de ella, ordenándole partir rápidamente hacia allí. Pero pronto se arrepintió de haberlo designado porque era un hombre viejo, sin experiencia en materia de guerra. Entonces absolvió a Artabanes de todos los cargos que pesaban sobre él, lo hizo general de las fuerzas de Tracia y lo envió directamente a Sicilia con instrucciones de hacerse cargo de la flota de Liberius<sup>260</sup>. En otra ocasión, el jefe de la infantería que opera en Lazica, Dagisteo, es acusado ante él de traición y medismo. En consecuencia, el emperador lo confina en prisión y nombra general de Armenia a Bessas, que había vuelto hacía poco de Italia y lo envía con instrucciones para comandar el ejército romano allí<sup>261</sup>.

Ese mismo Bessas era jefe del ejército imperial, poco antes, sitiado en Roma por Totila. Belisario le da orden de hacer una salida, mientras él viene por el Tíber desde *Portus*. Y no es obedecido, porque según explica Procopio, Bessas era el único que tenía algún cereal, en medio de la penuria común; pues de todo el grano que los magistrados de Sicilia habían enviado a Roma para abastecer a los soldados y a la población, muy poca cantidad había entregado al pueblo. Guardó para sí la mayor parte, con pretexto de proveer al ejército y estaba vendiendo esta reserva a los senadores, a altos precios; por lo tanto, de ningún modo quería que el sitio fuera levantado<sup>262</sup>. Pero la situación de la ciudad era tan apremiante que muchos de sus habitantes sólo se alimentan de ortigas, que crecen en abundancia en las murallas y en las ruinas, hirviéndolas antes de comerlas<sup>263</sup>.

Alguno de los generales, como Verus, son hombres dados a la bebida y bajo su influjo, poseídos de temeraria audacia<sup>264</sup>. Otro, como Conon, manifiesta su ineptitud. Comanda la guarnición de Ancona y tiene noticia que las fuerzas de Vacimus vienen contra él, y están próximas. Entonces hace exhibición de tonta locura —como Procopio dice—. Juzga que era cosa muy pequeña preservar libre de daño a la fortaleza con los habitantes y soldados; deja las fortificaciones enteramente desguarnecidas y lleva sus tropas a una distancia de cinco estadios, donde las dispone en batalla, pero sin formar la falange con suficiente profundidad, sino extendiéndola como para rodear toda la montaña, como en una cacería<sup>265</sup>; acto que tuvo funesta consecuencia. Juan, el sobrino de Vitaliano, después de haber derrotado a los godos en el *Bruttium*, permanece en el lugar, obligando a Belisario a quedar inmovilizado mientras lo espera inútilmente<sup>266</sup>.

Belisario es el general en jefe, y cuando se presenta la ocasión sabe resistir a las órdenes del emperador, porque juzga noblemente que es para bien de la causa que está defendiendo. Por ejemplo, se negó a firmar el tratado propuesto por Justiniano a Vitigis, a quien sitiaba en Ravena.

<sup>260</sup> Bell., VII, xxxix, 6.

<sup>261</sup> Bell., VIII, ix, 4.

<sup>262</sup> Bell., VIII, xix, 14.

<sup>263</sup> Bell., VII, xvii, 13.

<sup>264</sup> Bell., VII, xvii, 5.

<sup>265</sup> Bell., VI, xiii, 8.

<sup>266</sup> Bell., VII, xviii, 29.

Cuando los enviados volvieron de la ciudad y se presentaron ante él, rehusar que les estuvieran ofreciendo la paz con propósito traidor. Desconfiaron y declararon que en adelante, sin la firma y el juramento de Belisario, nunca pactarían con los romanos<sup>267</sup>. Esto es una muestra de la estima que merecía por parte del enemigo, pero hizo que algunos comandantes lo criticaran acerbamente, manifestando que estaba conspirando contra la causa del emperador, por lo que no deseaba terminar la guerra<sup>268</sup>; lo cual lo obligó a explicarse ante ellos.

Muchos jefes hay con grandes condiciones morales, como Marcellus, el comandante de las guardias del palacio, hombre de gran dignidad, austero, observador de la justicia, amante de la verdad e incorruptible<sup>269</sup>; otros, con grandes condiciones militares, como Juan, capaz de concebir un plan atrevido mediante el cual consigue rescatar al senado romano y extraordinario renombre<sup>270</sup>.

Los ejércitos de Justiniano han obtenido grandes victorias, mayores en Africa e Italia que en Persia. Es posible que la organización de las fuerzas enemigas fuese mucho mejor en este último país, los efectivos más numerosos y que la práctica secular de la lucha contra los romanos les hubiese hecho conocer los métodos de combate y los medios de contrarrestarlos. Todo ello sin desconocer la diferente topografía del terreno, las dificultades de los desiertos y las montañas, las desventajas del clima.

Es de creer a Procopio cuando habla de la organización del espionaje. Desde tiempo antiguo muchos hombres fueron mantenidos por el Estado, con el objeto de que fueran a territorio persa y se introdujeran en el palacio, con el pretexto de vender algo o con cualquier otro. Después de investigar minuciosamente, volvían a territorio romano y podían informar a los magistrados acerca de los secretos del enemigo<sup>271</sup>. De tal manera se estaba en condiciones de que no ocurriera nada sorpresivo. Y la misma práctica existió entre los persas y en tiempo de Cosroes, esos espías fueron muy bien pagados, lo que le permitió positivas ventajas<sup>272</sup>, a tal punto que nada ignoraba de lo que ocurría entre los romanos. Explica la pérdida de Lazica por la disposición de Justiniano de nada querer gastar en esta clase de servicios informativos, lo que condujo a gran número de errores, entre ellos el máximo de ignorar la situación del ejército<sup>273</sup> persa.

También nos refiere que en tiempo antiguo, el Estado mantenía gran número de camellos, que seguían al ejército en marcha hacia el enemigo, transportando las provisiones. Por ello, entonces, los soldados no se veían en la necesidad de obligar a los campesinos a realizar el transporte ni tampoco se veían en penuria. Justiniano había abolido también esta práctica; cuando un ejército romano avanzaba contra el enemigo, era imposible tomar ninguna de las medidas que se hubiesen requerido<sup>274</sup>.

Además, los propietarios de tierras estaban obligados a aprovisionar al ejército en proporción al impuesto que pagaban<sup>275</sup> y los campesinos sufrían extrema penuria, obligados a transportar las provisiones, tanto para los soldados como para los caballos, comprándolas a un precio mucho mayor que el que recibían<sup>276</sup>.

Estos datos se refieren al frente persa y provienen de aquella Historia

<sup>267</sup> Bell., VI, xxix, 4.    <sup>268</sup> Bell., VI, xxix, 7.    <sup>269</sup> Bell., VII, xxxii, 22.

<sup>270</sup> Bell., VII, xxvi, 1.    <sup>271</sup> H. Arc., XXX, 12.    <sup>272</sup> H. Arc., XXX, 13.

<sup>273</sup> H. Arc., XXX, 14.    <sup>274</sup> H. Arc., XXX, 16.

<sup>275</sup> H. Arc., XXIII, 11.    <sup>276</sup> H. Arc., XXIII, 12.

Secreta que a veces se ha tomado simplemente como un libelo de maligna intención y calumnia. Pero si no todo es la verdad, tampoco puede decirse que no contenga importantes partes de ella. Tal convencimiento puede tenerse con el simple examen de la forma de la conducción de las guerras, triunfos explosivos seguidos de larga lucha indecisa, que agota las fuerzas y arruina irremisiblemente al territorio donde se desarrollan los acontecimientos. Esto es valedero tanto para la campaña africana como para la de Italia, dejando aparte a Persia, donde un triunfo total excedía la potencialidad del Imperio, como lo demuestra el carácter de las campañas, defensivas, no de conquista o recuperación, como en otras partes.

Pero aparte de estas consideraciones, hay algunos datos que son suficientemente ilustrativos como para refirmarlas. Cuando emprende la campaña contra los vándalos, Belisario desembarca en Sicilia a su ejército y comienza a intranquilizarse, porque no sabe qué clase de hombres son esos vándalos contra los que él va <sup>277</sup>. Esto no puede tomarse sino como falta de la información necesaria. Allí mismo, en una playa cerca del Etna, toda el agua de la flota se ha echado a perder, menos la que Belisario y sus compañeros de mesa estaban bebiendo. Ello se debió a que Antonina, que iba en la expedición, la había colocado en jarros de vidrio, que hundió en arena <sup>278</sup>, en un recinto en el fondo de la nave donde no pudiesen penetrar los rayos solares. Los secretos de la navegación, en pleno siglo vi, a pesar del decaimiento antecedente, no podían haberse perdido hasta el punto de olvidar nociones de elemental experiencia. Este suceso parecería indicar el apresuramiento y la falta de previsión.

Hay algo más acerca de estos asuntos. No es posible imaginar el planeamiento y realización de una campaña como la de Africa sin haber medido antes los recursos del enemigo y pensado detenidamente sobre la forma del ataque y los puntos donde ha de realizarse. Sin embargo, vemos que Belisario, ya por abordar la tierra enemiga, consulta a sus generales acerca del sitio de desembarco <sup>279</sup>; no tiene noticias del adversario <sup>280</sup>; y que debe tomar minuciosas precauciones al avanzar, éstas sí perfectamente naturales y justificadas. Envía a Juan, el armenio, aquel hombre dotado de discreción y valor en el más alto grado, con un cuerpo de ejército que se adelanta al grueso de las fuerzas no menos de veinte estadios; toma la misma medida en las alas, para no entrar en batalla sin preparación <sup>281</sup>. De esto podría desprenderse que carece de información precisa acerca de la situación del enemigo.

En Italia podemos observar algo semejante. Belisario está en Roma, sitiado por Vitigis. Comisiona a Procopio para que vaya inmediatamente a Nápoles, porque corría el rumor de que el emperador había enviado un ejército allí <sup>282</sup>. Es indudable que si tal cosa era cierta, no lo sabía Belisario, por más que poco antes, en una arenga, ha manifestado que Justiniano han juntado en todo el mundo un ejército muy numeroso y una flota tan grande como nunca la tuvieron los romanos, que en esos momentos cubre el litoral de Campania y la mayor parte del golfo jónico <sup>283</sup>. El deseo de tenerlos y la necesidad de animar a sus hombres le hace hablar de tal modo.

Procopio, en cuanto llegó a Campania, juntó no menos de quinientos soldados en la región, alquiló gran número de barcos con grano y los ex-

<sup>277</sup> Bell., III, xiv., 2.    <sup>278</sup> Bell., III, xiii, 23.    <sup>279</sup> Bell., III, xv, 2.

<sup>280</sup> Bell., III, xiv, 3.    <sup>281</sup> Bell., III, xvii, 2.    <sup>282</sup> Bell., VI, iv, 1.

<sup>283</sup> Mar Adriático. Bell., VI, iii, 30.

pidió rápidamente a Roma, con el objeto de aliviar su situación. Poco después se le reunió Antonina, que le ayudó a hacer preparativos para la flota <sup>284</sup>. Es evidente que la expedición de auxilio no existía y que Belisario no pudo tener noticia de su llegada. Aquellos rumores más respondían a los pedidos y anhelos que a la realidad; es probable que el emperador prometiera, pero el tiempo pasaba sin que cumpliera.

Hasta el siglo VI no tenemos mención, entre los romanos, que tengan los jefes una guardia de tipo personal. Pero Procopio ya da noticias de su existencia. Desde luego, natural es que el emperador la tenga. Asbadus era hombre de la guardia <sup>285</sup> de Justiniano, desde que sirvió entre los *candidati* <sup>286</sup>, como son llamados <sup>287</sup>, y también comandante de las cohortes de caballería <sup>288</sup>, que desde hacía tiempo estaban estacionadas en *Tzurullum* <sup>289</sup>. Pero Belisario también tiene sus propios guardias <sup>290</sup> personales, que a veces con sus portaestandartes <sup>291</sup>. En la marcha sobre Cartago eligió a trescientos de sus guardias, guerreros capaces, que puso bajo el mando de Juan <sup>292</sup>. Por ello, como lo relata la *Historia Secreta*, cuando Belisario cayó en desgracia, aunque no fué convicto de ninguno de los cargos que contra él se hacían <sup>293</sup>, el emperador, por instancias de la emperatriz Teodora, lo relevó del comando que tenía y nombró a Martinus como general de Oriente en su reemplazo y le dió instrucciones para distribuir a los lanceros y guardias suyos <sup>294</sup>, que eran gente notable en la guerra, entre algunos de los oficiales y eunucos del palacio <sup>295</sup>.

Los demás jefes también tienen sus guardias, como Teodoro, el capadocio <sup>296</sup>, Germanus <sup>297</sup>, Valeriano <sup>298</sup> y los otros. Procopio, además, explica que era una vieja costumbre entre los romanos, que nadie podía llegar a ser guardia de alguno de los comandantes sin haber prestado los más terribles juramentos y dado pruebas de su lealtad, tanto hacia su jefe como hacia el emperador romano <sup>299</sup>.

El ejército en campaña debe recibir normalmente su paga. Pero las más grandes necesidades que provienen de la acción, aparte de lo que puedan procurarse en el botín y saqueo, son provistas por los propietarios de la tierra, en proporción al impuesto que pagan <sup>300</sup>. Sucede que, además de tener que transportar todo el avituallamiento, para hombres y bestias, deben comprarlo a un precio mucho mayor que aquel que han de recibir en compensación <sup>301</sup>. Los soldados, mercenarios, parecen acostumbrados a un alimento abundante. Por este motivo, por ejemplo, en aquellas fortalezas en el territorio de los *lazi*, en sitio áspero y de difícilísimas comunicaciones, no han podido subsistir. La guarnición habitual ha sido de gentes del país, puesto que allí no hay alimento de ninguna especie y las provisiones deben ser transportadas a hombro. Cuando Justiniano la reemplazó por soldados bizantinos, éstos, presionados por la necesidad, abandonaron las fortalezas porque no estaban acostumbrados, como los cólquidos, a vivir de

<sup>284</sup> Bell., VI, iv, 19. <sup>285</sup> δορυφόρος

<sup>286</sup> Hombres de la guardia distinguidos por una túnica blanca.

<sup>287</sup> ἐπεὶ ἐς τοὺς κανδιδάτους καλουμένους

<sup>288</sup> ἱπικῶν καταλόγων ἤρχεν. <sup>289</sup> Bell., VII, xxxviii, 4.

<sup>290</sup> Bell., III, xix, 23. <sup>291</sup> Bell., IV, iii, 5.

<sup>292</sup> Bell., III, xvii, 1. <sup>293</sup> H. Arc., IV, 1 sig.

<sup>294</sup> Βελισσαρίου δορυφόρους τε καὶ ὑπασπιστάς.

<sup>295</sup> H. Arc., IV, 13. <sup>296</sup> Bell., IV, xviii, 1. <sup>297</sup> Bell., IV, xviii, 7.

<sup>298</sup> Bell., VI, xiii, 14. <sup>299</sup> Bell., IV, xviii, 6.

<sup>300</sup> H. Arc., XXIII, 11. <sup>301</sup> H. Arc., XXIII, 12.

una escasa cantidad de cereal<sup>302</sup>. Hay testimonio de que hubo de preocuparse por edificar depósitos para granos y vino ampliamente suficientes para los soldados, como lo hizo en *Callipolis*<sup>303</sup>, en el Quersoneso<sup>304</sup>. También en *Circesium*, junto al Eúfrates, en la frontera de Mesopotamia, donde los baños habían sido inutilizados por las crecidas del río, los reconstruyó para que los soldados no se vieran privados del placer que obtenían con su uso<sup>305</sup>. En este caso hay especial mención de los calderos, que con fuego encendido debajo de ellos, mantienen caliente el agua.

No es un problema nuevo la necesidad del Imperio de asegurarse a los bárbaros que pugnaban por penetrar en su territorio, transformándolos en auxiliares que sirvieran para rechazar a otros recién venidos. En el tiempo de Justiniano la costumbre subsiste; las fuerzas estacionadas en la frontera son incapaces de realizar por sí solas la función y las expediciones guerreras requieren mayor concurso de hombres de los que pueden suministrar las fuerzas regulares.

Dice Procopio que los emperadores romanos de los antiguos tiempos estacionaron una gran multitud en todos los puntos de la frontera del Imperio, para custodiar los límites del dominio romano, particularmente en la región del este, para evitar las incursiones de los persas y los sarracenos, y que a esas tropas se acostumbraba llamarlas *limitanei*<sup>306</sup>. Son los soldados de la frontera, de los *limes*. Es evidente que aquí su panorama histórico se reduce al Imperio de Oriente y que no tiene en cuenta lo que antes ocurrió en las regiones occidentales.

La mención de los *foederati* es frecuente. Explica que en tiempo antiguo sólo bárbaros eran alistados entre ellos, aquéllos que habían entrado en el sistema político de Roma, no en la condición de esclavos aunque hubiesen sido conquistados por los romanos, sino en base de una completa igualdad; y aclara que llaman *foedera* a los tratados concluidos con sus enemigos<sup>307</sup>. En otra ocasión, refiriéndose a los címeros, dice que con permiso del emperador se establecieron en Tracia y pelearon del lado de los romanos, recibiendo paga como los otros recibían y siendo llamados *foederati*; porque así los romanos de aquel tiempo los llamaban en lengua latina, tratando de demostrar —como él supone—, que los godos no habían sido derrotados en la guerra, sino llegado a pacíficas relaciones a base de algún tratado, porque los latinos llaman *foedera* a los tratados de guerra<sup>308</sup>, según antes se explicó<sup>309</sup>.

La necesidad de prevenir las bruscas incursiones de los pueblos bárbaros limítrofes llevó a dotar las fronteras de puestos fortificados. En el libro de los Edificios, para loa de Justiniano, Procopio dice que fortaleció el dominio romano, en todas partes expuesto a los bárbaros, con una multitud de soldados y que con la construcción de fortalezas edificó una muralla a lo largo de todas sus remotas fronteras<sup>310</sup>. Y más adelante, no describirá las pirámides, esos célebres monumentos de los reyes de Egipto, en las cuales el trabajo se empleó para una inútil demostración, sino todas las fortificaciones con las cuales el emperador proveyó al Imperio, amurallándolo y preservándolo de los ataques enemigos<sup>311</sup>.

La enumeración de esta clase de obras es larga. En lo que toca a la re-

<sup>302</sup> Bell., VIII, xiii, 15. <sup>303</sup> Galípoli. <sup>304</sup> Aed., IV, x, 23.

<sup>305</sup> Aed., II, vi, 10. <sup>306</sup> H. Arc., XXIV, 12. <sup>307</sup> Bell., III, xi, 2.

<sup>308</sup> φοίδερσ α γάρ Λατίνοι τὰς ἐν πολέμῳ καλοῦσι ξυνθήκας.

<sup>309</sup> Bell., VIII, v, 13. <sup>310</sup> Aed., I, 11. <sup>311</sup> Aed., II, i, 3.

gión de Europa en que está Grecia, dice que su relato parecerá fabuloso a causa del número de fortalezas construídas, para beneficio de hombres de otras naciones que vivían más lejos, con diferentes formas de gobierno <sup>312</sup>. Sigue un catálogo de los fuertes construídos o restaurados, en el Nuevo Epiro, en el Viejo Epiro, en Macedonia, en Tesalia, en Dardania.

En el Quersoneso <sup>313</sup>, frente al mar, a ambos lados del istmo, los antiguos construyeron mezquinos pequeños bastiones, de la clase denominada *moles* <sup>314</sup>. Justiniano lo proveyó de una fuerte muralla <sup>315</sup>. Otras veces se trata de una ciudad a la que se da fuerte protección. En la región llamada *Proconsularis* <sup>316</sup> había una ciudad sin amurarlar, llamada Vaga. El emperador la rodeó de muy poderosas defensas, la hizo merecedora de ser llamada una ciudad y capaz de dar salva protección a sus habitantes, los que la llamaron Teodoria en honor de la emperatriz <sup>317</sup>. Y lo mismo hace en territorios alejados, como en Lazica, donde edificó una fortaleza llamada *Losorium* y fortificó los pasos de la montaña, que llaman *cleisurae* <sup>318</sup>.

Al jefe de las tropas romanas se le llama *dux*, conservando la palabra latina <sup>319</sup>. Cuando se estaciona en algún punto permanentemente a tropas seleccionadas, es un *dux* su comandante <sup>320</sup>. En Armenia, Justiniano suprimió inmediatamente el título de sátrapa y envió a esas provincias a dos *duces* <sup>321</sup>.

Los *excubitores* forman la guardia selecta del palacio imperial. Son trescientos en número y su jefe, *comes excubitorum*, ocupa un alto rango en la corte. En la guerra contra los vándalos los vemos luchar bajo el mando de Solomon <sup>322</sup>.

El Prefecto del Pretorio —recuerdo de la Roma imperial, pero con otras funciones— es llamado *praetor* <sup>323</sup>.

El administrador de un general, como Belisario, es llamado *domesticus*. Tal fué Solomon <sup>324</sup>.

Los *scholarii* fueron originalmente asignados a la custodia del palacio <sup>325</sup>. Es una guardia imperial formada por Constantino para reemplazar a la antigua cohorte pretoriana. Su nombre deriva de las *scholae*. Cuando Ildigisol, el lombardo, escapó de su tierra natal y llegó a Bizancio, el emperador Justiniano lo nombró comandante de una de las compañías de guardias asignadas al palacio, que llaman *scholae* <sup>326</sup>.

El ayudante de un general, que está encargado de la administración de su casa, se llama *optio*. Así lo era Juan, a quien Belisario puso al frente de trescientos de su guardia, en la marcha sobre Cartago <sup>327</sup>. Es también el hombre encargado de la paga. Gezon, un infante, era *optio* del destacamento al cual Solomon pertenecía <sup>328</sup>.

El sistema de las guerras de Justiniano colocó a las fuerzas imperiales, con mucha frecuencia y por largo tiempo, en situación de encerrarse dentro del recinto murado de una ciudad y esperar auxilios o el cansancio del enemigo; que en el caso de los godos, fueron siempre incapaces de llevar con éxito un asalto. Durante el sitio de Roma por Vitigis, los bárbaros construyeron máquinas para atacar las murallas. Cuando Belisario las vió moverse, estalló en carcajadas. Las máquinas eran tiradas por bueyes. Ordenó dis-

<sup>312</sup> Aed., IV, iv, 1. <sup>313</sup> Galípoli. <sup>314</sup> Aed., IV, x, 7. <sup>315</sup> Aed., IV, x, 22.

<sup>316</sup> La provincia África *proconsularis*. <sup>317</sup> Aed., VI, v, 12.

<sup>318</sup> Aed., III, vii, 5. <sup>319</sup> Bell., I, xvii, 46. <sup>320</sup> Aed., II, vi, 9; III, iii, 14.

<sup>321</sup> Aed., III, i, 28; III, ii, 1; III, iii, 8. <sup>322</sup> Bell., IV, xii, 17. <sup>323</sup> Bell., III, 10, 3.

<sup>324</sup> Bell., III, xi, 5-6. <sup>325</sup> H. Arc., XXIV, 15. <sup>326</sup> Bell., VIII, xxvii, 2.

<sup>327</sup> Bell., III, xvii, 1. <sup>328</sup> Bell., IV, xx, 12.

gión de Europa en que está Grecia, dice que su relato parecerá fabuloso a causa del número de fortalezas construídas, para beneficio de hombres de otras naciones que vivían más lejos, con diferentes formas de gobierno <sup>312</sup>. Sigue un catálogo de los fuertes construídos o restaurados, en el Nuevo Epiro, en el Viejo Epiro, en Macedonia, en Tesalia, en Dardania.

En el Quersoneso <sup>313</sup>, frente al mar, a ambos lados del istmo, los antiguos construyeron mezquinos pequeños bastiones, de la clase denominada *moles* <sup>314</sup>. Justiniano lo proveyó de una fuerte muralla <sup>315</sup>. Otras veces se trata de una ciudad a la que se da fuerte protección. En la región llamada *Proconsularis* <sup>316</sup> había una ciudad sin amurallar, llamada Vaga. El emperador la rodeó de muy poderosas defensas, la hizo merecedora de ser llamada una ciudad y capaz de dar salva protección a sus habitantes, los que la llamaron Teodoria en honor de la emperatriz <sup>317</sup>. Y lo mismo hace en territorios alejados, como en Lazica, donde edificó una fortaleza llamada *Losorium* y fortificó los pasos de la montaña, que llaman *cleisurae* <sup>318</sup>.

Al jefe de las tropas romanas se le llama *dux*, conservando la palabra latina <sup>319</sup>. Cuando se estaciona en algún punto permanentemente a tropas seleccionadas, es un *dux* su comandante <sup>320</sup>. En Armenia, Justiniano suprimió inmediatamente el título de sátrapa y envió a esas provincias a dos *duces* <sup>321</sup>.

Los *excubitores* forman la guardia selecta del palacio imperial. Son trescientos en número y su jefe, *comes excubitorum*, ocupa un alto rango en la corte. En la guerra contra los vándalos los vemos luchar bajo el mando de Solomon <sup>322</sup>.

El Prefecto del Pretorio —recuerdo de la Roma imperial, pero con otras funciones— es llamado *praetor* <sup>323</sup>.

El administrador de un general, como Belisario, es llamado *domesticus*. Tal fué Solomon <sup>324</sup>.

Los *scholarii* fueron originalmente asignados a la custodia del palacio <sup>325</sup>. Es una guardia imperial formada por Constantino para reemplazar a la antigua cohorte pretoriana. Su nombre deriva de las *scholae*. Cuando Ildigisol, el lombardo, escapó de su tierra natal y llegó a Bizancio, el emperador Justiniano lo nombró comandante de una de las compañías de guardias asignadas al palacio, que llaman *scholae* <sup>326</sup>.

El ayudante de un general, que está encargado de la administración de su casa, se llama *optio*. Así lo era Juan, a quien Belisario puso al frente de trescientos de su guardia, en la marcha sobre Cartago <sup>327</sup>. Es también el hombre encargado de la paga. Gezon, un infante, era *optio* del destacamento al cual Solomon pertenecía <sup>328</sup>.

El sistema de las guerras de Justiniano colocó a las fuerzas imperiales, con mucha frecuencia y por largo tiempo, en situación de encerrarse dentro del recinto murado de una ciudad y esperar auxilios o el cansancio del enemigo; que en el caso de los godos, fueron siempre incapaces de llevar con éxito un asalto. Durante el sitio de Roma por Vitigis, los bárbaros construyeron máquinas para atacar las murallas. Cuando Belisario las vió moverse, estalló en carcajadas. Las máquinas eran tiradas por bueyes. Ordenó dis-

<sup>312</sup> Aed., IV, iv, 1. <sup>313</sup> Galípoli. <sup>314</sup> Aed., IV, x, 7. <sup>315</sup> Aed., IV, x, 22.

<sup>316</sup> La provincia África *proconsularis*. <sup>317</sup> Aed., VI, v, 12.

<sup>318</sup> Aed., III, vii, 5. <sup>319</sup> Bell., I, xvii, 46. <sup>320</sup> Aed., II, vi, 9; III, iii, 14.

<sup>321</sup> Aed., III, i, 28; III, ii, 1; III, iii, 8. <sup>322</sup> Bell., IV, xii, 17. <sup>323</sup> Bell., III, 10, 3.

<sup>324</sup> Bell., III, xi, 5-6. <sup>325</sup> H. Arc., XXIV, 15. <sup>326</sup> Bell., VIII, xxvii, 2.

<sup>327</sup> Bell., III, xvii, 1. <sup>328</sup> Bell., IV, xx, 12.

parar únicamente contra los animales y todos cayeron en seguida, de modo que los godos no pudieron mover sus torres más allá. Belisario había reído de la simplicidad y falta de experiencia de esas gentes que pensaron poder llevar incólumes los bueyes hasta la misma muralla enemiga <sup>329</sup>. Pero la experiencia sirvió a Vitigis. Cuando llegó con todo su ejército a *Ariminum* <sup>330</sup>, estableció campamento y comenzó el sitio. Inmediatamente hizo construir una torre de madera, más alta que la muralla de circuito de la ciudad, que descansaba en cuatro ruedas, que fué llevada hacia la parte que parecía más vulnerable. Pero para que no ocurriera lo mismo que ante las fortificaciones de Roma, no fueron usados bueyes para mover la torre, sino que los mismos godos la empujaron desde adentro y así la aproximaron <sup>331</sup>. Alguna vez se utilizan otros elementos para defenderse. En el sitio de Edesa por Cosroes, en el año 544, se utilizó el aceite hirviente. Llenaron con aceite numerosos recipientes y después de calentar sobre el fuego un tiempo suficiente, en algún lugar a lo largo de la muralla, lo vertieron mientras hervía sobre el enemigo que asaltaba <sup>332</sup>. Los habitantes de Topiros <sup>333</sup> estaban privados del auxilio de los soldados en muy difícil situación. Contuvieron a los asaltantes tan bien como las circunstancias lo permitían. Y primero resistieron con éxito, calentando aceite y resina hasta que estuvo muy caliente y lo arrojaron sobre aquellos que estaban atacando la muralla. Toda la población se unió para arrojar piedras sobre ellos y de este modo estuvieron a punto de evitar el peligro <sup>334</sup>. Pero el éxito no fué duradero. La plaza cayó y se cometieron horrores.

El arco, hábilmente manejado, es una poderosa arma de defensa. Cuando los godos de Vitigis se acercaron a las murallas de Roma que defendía Belisario, éste emplea el arco <sup>335</sup>. Pero había colocado en las torres aparatos llamados *ballistae* <sup>336</sup> que arrojaban flechas con gran potencia, no piedras. También puso otras máquinas a lo largo del parapeto de la muralla, aptas para arrojar piedras, llamadas *onagros* <sup>337</sup>, escorpiones. Y fuera de las puertas, otras que llama *lupi* <sup>338</sup>, destinadas a impedir la aproximación.

En la última parte de su historia, Procopio nos da detalles interesantes de las operaciones contra Petra. Allí fracasan en la construcción de minas por debajo de las murallas, y dada la característica del terreno, no pueden emplear el ariete <sup>340</sup>. Los *sabiri* improvisan un ariete de nuevo modelo, que manejan soldados romanos, con el cual parece que el fin de la ciudad está próximo <sup>341</sup>. Pero los persas recurren al betún, al azufre y la sustancia que ellos llaman nafta y los griegos aceite de Medea, que arrojan desde una torre de madera colocada sobre la muralla de circuito y destruyen a los instrumentos y a los asaltantes <sup>342</sup>.

Durante el sitio de Roma por Vitigis, los masagetas persiguen con éxito a los godos, porque saben disparar el arco con la mayor destreza aunque sus caballos van a gran velocidad <sup>343</sup>. Belisario también nos da su opinión acerca de la razón de la inferioridad de la caballería de los godos. Prácticamente, todos los romanos <sup>344</sup> y sus aliados, los hunos, son buenos arqueros montados; pero ningún hombre entre los godos tiene práctica de este arte, por-

<sup>329</sup> Bell., V, xxii, 7.    <sup>330</sup> Rimini.    <sup>331</sup> Bell., VI, xii, 1.    <sup>332</sup> Bell., II, xxvii, 36.

<sup>333</sup> Opuesta a Thasos, en la región de la moderna Kavalla.

<sup>334</sup> Bell. VII, xxxviii, 15.    <sup>335</sup> Bell., V, xxii, 4.    <sup>336</sup> Bell., V, xxi, 14.

<sup>337</sup> ὄναγροι: escorpiones.

<sup>338</sup> ἐν δὲ ταῖς πύλαις λύκους.

<sup>340</sup> Bell., VIII, xi, 21.    <sup>341</sup> Bell., VIII, xi, 34.

<sup>342</sup> Bell., VIII, xi, 38.    <sup>343</sup> Bell. VI, i, 10.    <sup>344</sup> Bizantinos.



que sus caballeros están acostumbrados a usar sólo lanzas y espadas, mientras sus arqueros van a la batalla a pie y bajo la protección de hombres pesadamente armados, de modo que los jinetes, salvo que el encuentro sea cuerpo a cuerpo, no tienen manera de defenderse de contrarios que usan arco y por eso pueden ser fácilmente alcanzados por las flechas y destruidos. En cuanto a los infantes, nunca pueden ser bastante fuertes como para hacer salidas contra jinetes.

El ejército que iba contra Arcaópolis, la primera ciudad de Lazica, era casi todo de caballería y tenía consigo ocho elefantes, sobre los cuales iban persas y disparaban sobre las cabezas de sus enemigos como desde torres. Y Procopio dice que uno debe admirarse de la asiduidad y cantidad de recursos de los persas en la prosecución de sus guerras <sup>345</sup>.

Lo antedicho está lejos de agotar el tema guerrero en Procopio. Sus obras revelan conocimientos militares suficientes como para pensar que si no tuvo adiestramiento profesional, como hombre inteligente que era, adquirió las necesarias nociones para ser buen entendedor y juez <sup>346</sup>.

<sup>345</sup> Bell. VIII, xiii, 4.

<sup>346</sup> Estos y otros motivos sugeridos por las obras del cesariense serán tema de futuro estudio.